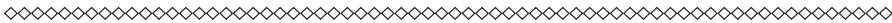




OBISPO



OBISPO

HOMILÍAS

**Exequias de D. Ventura Ferrer Castro,
Delegado Episcopal de Familia y Vida**

Parroquia de Santa Eufemia del Centro, 7 de julio de 2018.

Textos: Ap 21, 1-5a.6b-7 (Ritual, nº 4)
Jn 19, 17-18.25-30 (Ritual, nº 19)

¡Hermanas y hermanos míos en el Señor!

Mis queridos D. Manuel y D. Agustín; saludo también a los Consiliarios de los Equipos de Nuestra Señora, y todos los hermanos sacerdotes aquí presentes.

A los miembros de los Equipos.

¡Queridos amigos todos!

Permitidme en primer lugar que salude y le exprese mi sentimiento de cercanía, en mi nombre y en el de toda esta Iglesia Diocesana, por el tránsito a la eternidad de Ventura, en primer lugar a María su esposa, a sus hijos, padres, hermanos y demás familia. También manifiesto mis sentimientos de dolor, lleno de esperanza, a esa otra gran familia a la que perteneció durante su breve peregrinación por esta tierra: a los *Equipos de Nuestra Señora*. Sé muy bien que os ha dejado, físicamente, un buen amigo, no fácil de sustituir, porque las personas que se quieren son insustituibles.

No me puedo olvidar de esta parroquia de Santa Eufemia en donde Ventura no solo participaba como un feligrés más, sino que colaboraba y estaba implicado en las muchas tareas parroquiales, en la medida en que sus ocupaciones profesionales se lo permitían; aquí conocí yo a Ventura y a María, en mi primera visita a esta parroquia.

La Iglesia en Ourense se siente agradecida a Ventura por el trabajo realizado, junto con su esposa, al frente de la Delegación Episcopal de Familia y Vida. Ruego a Dios que desde este momento, en virtud del dinamismo de ese misterio del amor misericordioso de Dios, que es la Comunión de los Santos, podamos seguir contando con su ayuda, que estoy seguro será más fecunda y enriquecedora.

¡Hermanos y amigos todos!

Nos hemos reunido esta mañana, en este magnífico templo parroquial -lugar que frecuentaba nuestro hermano Ventura - para celebrar su paso a la eternidad. Lo recuerdo situado, casi siempre, en ese lugar de la nave de mi izquierda.

Hermanos: ¡Este es un encuentro de fe! Todos deseamos que sea así y, estoy seguro, que esto sería lo que Ventura nos pediría a cada uno de sus amigos.

Y, desde este ámbito de fe, la Palabra de Dios que ha sido proclamada en esta liturgia exequial nos da las claves de lo que estamos viviendo y celebrando: la memoria de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo. Una memoria que por ser reactualizada en la Iglesia por la fuera del Espíritu Santo se convierte en un acontecimiento de vida y salvación para vivos y difuntos.

El texto que hemos proclamado del Evangelio de san Juan nos ha situado en el marco adecuado para descubrir el sentido profundo que estaba latente en el *silencio de Dios* que hemos percibido en nuestra vida de fe a lo largo de estos meses; silencio que se ha hecho especialmente más intenso y, hasta aplastante, sobre todo para María y para las personas que acompañaron a Ventura en su paso a la eternidad. Un Dios silente ante las muchas plegarias y súplicas de tantos como queríamos a este joven profesional, esposo fiel, padre solícito, amigo entregado y disponible. Le hemos suplicado al Señor, con oraciones y lágrimas, que le curase. Sin embargo, como nos dice el evangelista Juan: *¡Está cumplido! E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.*

Mis queridos amigos: qué misterio se esconde detrás del dolor, de la enfermedad y de la muerte, cuando ese ha sido el camino que ha seguido el Dios con nosotros, Nuestro Señor Jesucristo. Si el Dios de la misericordia y del perdón ha escogido el camino de la cruz, Él que es Camino, Verdad y Vida, nos ha enseñado cual debe ser el sentido de la peregrinación de fe que debemos recorrer como cristianos. Sólo contemplando la cruz del Redentor seremos capaces de percibir el sentido profundo que se esconde detrás del dolor y de la muerte. Aquel que aceptó el suplicio de la cruz hasta el final, lo hizo por amor a ti y a mí; desde entonces la cruz es signo del amor redentor de Dios por toda la humanidad. Desde aquel momento, sublime y dramático de la historia de la humanidad, el amor se hizo más poderoso que la muerte. El amor del Crucificado-Resucitado se convirtió en un amor vencedor del pecado y de la muerte. Ese amor redentor hizo que la muerte de los que siguen a Jesucristo se convierta, no en el punto final de una existencia más o menos plena, sino todo lo contrario, la muerte, contemplada a la luz del amor del Crucificado, se convierte en la puerta de *un cielo nuevo y de una tierra nueva*, como nos recuerda el vidente del libro del Apocalipsis. *Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han pasado (...) Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén (...) Y escuché una voz potente que decía: esta es la morada de Dios con los hombres: Acampará entre ellos (...) Dios estará con ellos y será su Dios. Enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor.*

El Dios que nos parece en silencio y alejado de nosotros mientras caminamos como peregrinos por esta historia, en medio de tantas miserias, dolores y signos

de muerte, se nos muestra a través del rostro misericordioso del Dios con nosotros, de Jesús, como aquel que *lo hace todo nuevo*.

Los que hemos conocido a Ventura sabemos de sus cualidades humanas y profesionales, de su buen talante personal, pero sobre todo hemos sido testigos de que era un cristiano que quería vivir su fe con autenticidad a pesar de los claroscuros del camino de la vida. Una fe y un espíritu que junto con su esposa, hijos y amigos supo realizar gracias a ese camino de comunión y fraternidad que descubrió, por medición de los amigos, en los Equipos de Nuestra Señora. Aquel que fue denominado como *profeta de nuestro tiempo*, el venerable P. Cafarell, fundador de los Equipos de Nuestra Señora, siendo joven sacerdote, el Señor le concedió la intuición adecuada para poder ayudar a aquellos que habían recibido la vocación cristiana viviendo en el matrimonio un camino de santificación en su estilo de vida conyugal. Aquel sacerdote afirmaba que, si el amor de Dios, fuente de todo amor, se encarna en el amor humano querido por el Señor, ese amor tiende a hacer florecer y crecer, el amor del hombre por la mujer y de la mujer por el hombre; de este modo se convierte en una realidad auténtica que son “imagen y semejanza de Dios”. Es curioso destacar que este sacerdote, ya desde el principio, les enseñaba a aquellos matrimonios que le buscaban para que les ayudase a vivir su vida cristiana en el camino matrimonial, que *en el centro del amor está la Cruz, el don total de sí a otro*. Por eso amar es entregarse por completo, esta es una exigencia del amor, es más, de una manera muy hermosa se preguntaba: *¿Amar es dar?* Él decía: *Amar es respirar: inspirar y expirar, dar y recibir. El amor se asfixia cuando no se respeta este ritmo*. De esta dinámica vivida en el seno del matrimonio, que se extiende a la familia y de ahí a los otros, brota ese espíritu de comunión que es imprescindible para ser y sentirse auténticamente Iglesia, si vivismo en esa clave desaparecerá cualquier síntoma de autoreferencialidad, como nos recuerda el papa Francisco.

Desde la Delegación Episcopal de Familia y Vida nuestro hermano Ventura, con su esposa María y tantos de sus amigos, deseaban hacer presente este estilo de comunión como realidad enriquecedora de nuestras parroquias y comunidades religiosas. Uno de sus últimos frutos, que él contempló desde la eternidad, fue ese manifiesto a favor del matrimonio, de la familia y de la vida, que ayer mismo se hizo realidad en una de las rúas más transitadas de la ciudad. Este hecho nos ayuda a descubrir que es verdad aquello que tantas veces cantamos, pero que no acabamos de creernos, que *la vida no termina se transforma y que adquirimos una morada eterna en esos cielos nuevos y en esa tierra nueva*.

En el texto del Evangelio de Juan que hemos proclamado nos encontramos con una de las escenas más dramáticas y, a la vez, cargada de ternura y misericordia: *Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre (...) al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre:*

-Mujer ahí tienes a tu hijo.

También nosotros, sintiéndonos Iglesia en comunión que camina unida, le decimos a Santa María en este día de sábado, ¡Madre de Dios y Madre Nuestra! acuérdate cuando te encuentres delante de Dios, de decirle al Señor cosas buenas de nuestro hermano Ventura; esas obras de fe que tan sólo Dios puede conocer. Y con la liturgia de la Iglesia decimos:

Al paraíso te lleven los ángeles,

A tu llegada te reciban los mártires

Y te introduzcan en la ciudad santa de Jerusalén. ¡Qué así sea!

Clausura de los Ejercicios Espirituales para sacerdotes

Santuario de Nuestra Señora de los Milagros, 15 al 20 de julio de 2018.

Sr. Obispo de Tortosa. Mi querido D. Enrique.

Hermanos sacerdotes.

Las primeras palabras del libro de Isaías nos ofrecen la ocasión para reflexionar en uno de los múltiples aspectos que tienen los Ejercicios Espirituales. Revivamos, por momentos, la narración. El rey Ezequías está enfermo de muerte y recibe la visita del profeta Isaías que le dice, entre otras cosas: *Pon orden en tu casa, porque vas a morir (Is 38, 1-4)*. San Ignacio de Loyola, ya desde las primeras anotaciones de su libro de los Ejercicios nos recomienda *preparar y disponer el alma para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas buscar y hallar la voluntad de Dios (Ejercicios, Anotación 1ª)*. Seguro que en uno de los ejercicios de este día es descubrir nuestro principio y fundamento, y al mismo tiempo la contingencia de nuestra historia personal que no nos quiere sumir en la amargura ni en la desesperanza, sino que lo que pretende es ayudarnos a situarnos en la realidad como peregrinos de fe y que no tenemos aquí morada permanente. *Pon orden en tu casa*, es tanto como decir sé dueño de tu existencia y pídele a Dios que te ayude a descubrirla con ojos de fe, con visión sobrenatural.

A lo largo de estos días, bajo la mirada llena de ternura de la Madre de Dios, Señora de los Milagros, os habéis retirado a este lugar *apartado y elevado* para encontraros con el Señor. Seguro que estaríais más cómodos en la Casa Diocesana de Ejercicios, pero reconozco que este santuario tiene para casi todos nosotros unas connotaciones especiales que lo convierte en un ámbito de paz y de oración, imprescindible para percibir la fuerza del Espíritu que, como *dulce huésped del alma*, nos hace llegar sus intuiciones a través de las mediaciones previstas en la dinámica de los Ejercicios: el Director, esta casa de la Virgen, la oración de los hermanos, son mediaciones del querer de Dios para nosotros.

Los Ejercicios son como unos catalizadores del amor de Dios en nosotros. Cuánto más y mejor hayamos vivido el curso pastoral, con más fuerza saldremos después de estos días; sin embargo, si desde los últimos Ejercicios nos hemos instalado en la dinámica de la *inercia pastoral* y la tibieza espiritual llamó con frecuencia a las puertas de nuestra vida, entonces, estos Ejercicios serán ocasión propicia para recomenzar de nuevo. Es decir, tanto en una como en otra situación los Ejercicios se convierten en los grandes niveladores del Espíritu en nosotros. De ahí que la Iglesia, como Madre y Maestra nos exhorte vivamente a que no descuidemos esta praxis anual, imprescindible para vivir nuestra existencia como auténticos testigos misioneros.

Como bien sabéis, el santo padre Francisco nos obsequió con la exhortación

apostólica *Evangelii gaudium* que se ha convertido para todos los que la hemos leído y meditado en un auténtico revulsivo interior tanto personal como comunitariamente. En ella se nos ha invitado a que *todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar por el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están* (EG, n° 25). De esta dinámica del Espíritu brota en el corazón de cada uno de los hombres de Iglesia *un anhelo generoso y casi impaciente de renovación, es decir, de enmienda de los defectos (...) a modo de examen interior, frente al espejo del modelo que Cristo nos dejó de sí* (EG, n° 26).

El Santo Padre, a través de *Evangelii gaudium*, nos ha ayudado a reactualizar el gran deseo manifestado por el Vaticano II, recordad aquel texto en el que se nos decía: *Toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación (...). Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad* (Decreto del Vaticano II, *Unitatis redintegratio*, 6). Por eso, si toda la renovación de la Iglesia depende de su aumento de fidelidad a su vocación, vosotros y yo, que somos y nos sentimos Iglesia, también estamos llamados a cuidar con esmero nuestra fidelidad; porque de nuestra fidelidad dependen muchas cosas grandes. Estos momentos de oración y de encuentro son ocasiones propicias para tomar el pulso de nuestra fidelidad al amor primero, a nuestra vocación, de cómo hemos respondido o estamos respondiendo.

¿Os acordáis los últimos meses en el Seminario antes de ordenarnos? Cuáles eran los sentimientos que brotaban en nuestro corazón, los propósitos encendidos, los compromisos que con fuerza de eternidad brotaban en nuestros corazones. Os aconsejo que revivamos con frecuencia aquellos momentos como nos enseñó a hacerlo san Juan Pablo II. No para caer en la nostalgia que solo sirve para frustrarnos y eso no lo quiere Dios, sino para descubrir que con el paso de los años nos hemos dado cuenta de que, a través del ejercicio de nuestro ministerio se hicieron patente en nuestra vida tantas omisiones y caídas, tantas infidelidades; pero sabemos que esto no nos entristece sino que nos ayuda a descubrir, como nos lo recordaba de forma anecdótica en Santo Padre, somos *pecadores perdonados*; es decir, somos queridos por Dios tal como somos, no nos consideramos superhombres, ni menos superpresbíteros, pero tenemos la certeza que nos da la fuerza ese amor misericordioso, que el Señor cuenta con nosotros. Y de todo ello depende, la fidelidad de la Iglesia a su propia vocación, querámoslo o no, aunque nos sintamos los más pequeños de los hombres, somos Iglesia, y con nuestra vida contribuimos a hacer realidad la santidad y la fidelidad de la Iglesia. He ahí la grandeza de nuestra vocación y ministerio.

Si la *Evangelii gaudium* se convertía en una especie de aldabonazo para lograr una **conversión pastoral**, de nada sirven las teorías, los proyectos y los planes si

no van acompañados de una auténtica *conversión personal*, de ahí que el papa Francisco nos haya obsequiado, en la fiesta de san José de este año 2018, con otra exhortación *Gaudete et exultate*, para recordarnos que la llamada a la santidad, que hunde sus raíces en el Bautismo adquiere para nosotros, los ministros ordenados, una exigencia que no sólo nos afecta a nosotros mismos, sino que repercute en la vida de los demás y, por consiguiente, de la Iglesia.

Cuidemos y valoremos los Ejercicios Espirituales. Es cierto que en una sociedad como la nuestra en donde el activismo y la complejidad de las relaciones humanas afectan a la vivencia de nuestro ministerio, son más necesarios que nunca cuidar esos lugares y momentos en donde se pueda restaurar nuestra vida. A pesar de nuestras muchas ocupaciones no podemos perder de vista, en el horizonte de nuestra vida, el cuidado de los Ejercicios y el apostolado de los mismos; es decir, no basta con que nosotros los hagamos, es necesario ayudar a nuestros hermanos sacerdotes a que descubran su importancia.

En este sentido, me parece cautivadora por su heroico testimonio, aquella anécdota que nos cuenta el cardenal Van Thuan. Mientras estaba en prisión ¡y qué prisión! Afirmaba él: *Antes predicaba ejercicios espirituales a sacerdotes, a religiosos, a laicos...ahora un sacerdote, también él prisionero, me predica los Ejercicios de san Ignacio a través de las grietas de la madera que nos separa.*

Ante testimonios así, que existen, que son reales, palidecen los compromisos de nuestra agenda. Es ahí en donde se prueba la fidelidad a la vocación. La fidelidad al Amor.

Os invito a que volváis la mirada del corazón a Nuestra Madre, Señora de los Milagros y le pidáis para la Iglesia y para cada uno de los sacerdotes, tanto de esta Iglesia que peregrina por la tierra de Ourense, como la que está extendida por toda la faz de la tierra, para que con nuestra correspondencia a la gracia, seamos constructores de su fidelidad al Señor Resucitado.

¡Qué así sea!

Novena al Apóstol Santiago (I)

Catedral de Santiago de Compostela, 21 de julio de 2018.

Jr 23, 1-6

Sal 1

Ef 4, 1-6

Mt 20, 20-23

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo, querido D. Julián

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo-auxiliar

Excmo. Cabildo Metropolitano

Miembros de la Archicofradía del Apóstol Santiago

Santiagueses y peregrinos

¡Fieles devotos del Santo Apóstol!

¡Hermanos y hermanas en el Señor!

Que sean mis primeras palabras para agradecer al Excmo. Cabildo al que he tenido la honra de pertenecer, y afectivamente sigo vinculado con esta Iglesia, porque ha sido en este templo jacobeo en donde he recibido mi ordenación presbiteral, y en el cual he podido ejercer mi ministerio sacerdotal.

Por eso, con toda devoción y cariño agradezco esta oportunidad que me han ofrecido de poder celebrar en esta iglesia los santos misterios.

Es este el séptimo día de la Novena al Santo Apóstol, tengo que decir que no sé cuál fue el hilo conductor de las predicaciones de aquellos que me ha precedido en el uso de la palabra desde este lugar. Me centraré tan sólo en darle voz a los ecos que la Palabra de Dios, proclamada en esta liturgia, ha dejado en mi corazón.

Escuchemos un fragmento de la primera lectura:

¡Ay de los pastores que dispersan y dejan que se pierdan las ovejas de mi rebaño! (...) Vosotros dispersasteis mis ovejas y las dejasteis ir sin preocuparos de ellas. Así que voy a pedir os cuentas por la maldad de vuestras acciones (Jr 23, 1-6). Qué fuertes resultan estas palabras del profeta. Cuando escuchamos esta llamada de la profecía de Jeremías, casi, de forma inmediata, corremos el riesgo de pensar en los otros, y de manera especial en los pastores, es decir, en los sacerdotes, en los obispos, en los religiosos. Creemos que sólo aquellos que viven una vocación especial y ejercen un ministerio peculiar en la Iglesia, son responsables de toda aquellas cosas malas que pasan en nuestro entorno y nos desentendemos de los problemas y pensamos que son causa de que existan tantas ovejas descarriadas. ¡Si pensamos así no estamos actuando como buenos cristianos! No es cristiano echar la culpa

de los males existentes a los demás y eximirnos a nosotros mismos de cualquier tipo de responsabilidad.

Es necesario recordar y descubrir, constantemente las implicaciones de nuestro bautismo, ese regalo de Dios que hemos recibido en el seno de la Iglesia y que nos convierte en sacerdotes, profetas y reyes, seremos capaces de mirarnos hacia adentro y, en virtud de esa triple dimensión estamos llamados a rezar y preocuparnos por los demás, ayudarles en sus dificultades y anunciarles a Jesucristo como Camino, Verdad y Vida. Esta exigencia de nuestra vocación bautismal es dura y nos compromete seriamente a la hora de concretar nuestra existencia. Pero, ante las dificultades, sabemos que no estamos solos; podemos decir que *estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios (...)* los santos. Por eso buscamos su ayuda e intercesión; este es el sentido que tienen estos encuentros religiosos en torno a la figura de un santo, como en este caso, un Apóstol. La certeza de esa misteriosa compañía nos ayuda a comprender que no tenemos que llevar solos lo que, en realidad, no seríamos capaces de soportar. La muchedumbre de los santos de Dios que nos protege, nos sostiene y nos conduce.

Desde esta perspectiva qué hermosas y programáticas son las palabras que san Pablo escribía desde la cárcel a los fieles de la iglesia de Éfeso; palabras que han resonado en esta hermosa y antiquísima catedral llenas de arte y de la historia de la fe cristiana de nuestro pueblo de Galicia y de la nación española.

Nos decía el Apóstol de las gentes: *Os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz (...) Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos (Ef 4, 1-7)*. En ese *todos* del texto de san Pablo, expresado de una forma más existencial en la traducción de la Biblia de la CEE, se encuentra el sentido que le hemos querido dar a la realidad de que somos ovejas y pastores. Ovejas que nos dejamos ayudar en nuestro camino cristiano, que es un camino de santidad. Y no caigamos en la tentación de pensar que ese estilo de vida - porque el cristianismo es vida y no teoría - vida transmitida por Santiago y los demás apóstoles, ha llegado hasta los confines de la tierra y no está reservada a unos cuantos, a los que pudiéramos llamar privilegiados, sino que, como nos dice el papa Francisco: *Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (GE, nº 15)*.

Sí, hermanas y hermanos míos, *la santidad es el rostro más bello de la Iglesia (GE nº 9)* y esta realidad se puede hacer vida en nuestra existencia de *pecadores perdonados*. Esta vida que descubrimos en la Iglesia - esta gran familia a la que

pertenece desde el Bautismo - se encuentra fortalecida y alimentada por los *dones de la Palabra de Dios, con los sacramentos, los santuarios, la vida de las comunidades, el testimonio de sus santos, y una múltiple belleza de gestos* que procede del amor de su Señor y Dios Nuestro, tal como nos lo recordaba el papa Francisco.

Fijaos por momentos, mis queridos hermanos/as, en la realidad de este templo jacobeo. Un santuario en donde la gracia del Señor se hace expresiva a través de tantos signos de la misericordia de Dios, de manera especial, por medio de la recepción del Sacramento de la Penitencia. ¡Cuántos milagros morales! ¡Cuántas conversiones!, en definitiva ¡cuánta gracia de Dios hecha realidad a través de los gestos de misericordia!

También nosotros, a lo largo de estos días, hemos sido invitados a levantar vuestros ojos a la hermosa y venerada imagen del Apóstol Santiago, el amigo del Señor, aquel que se encontró con Jesucristo y se dejó fascinar por la mirada del Resucitado. Aquel que con Pedro y Juan pudo atisbar un trozo de cielo en el monte de la transfiguración. Rogamos al Apóstol que nos contemple con su mirada y nos ayuda a dejarnos transfigurar como él por esa energía que brota del corazón del Crucificado-Resucitado. De este modo en medio de la sociedad, en nuestros hogares, allí donde se realiza nuestro quehacer profesional o transcurre nuestra vida cotidiana y también en el seno de la Iglesia, seremos gestos elocuentes de la santidad de Dios que como Buen Pastor nos contempla para ser transformados en Cristo; es decir, para convertirnos en auténticos cristianos seguidores de Nuestro Señor Jesucristo.

No es fácil nuestro cometido en medio de la sociedad actual y teniendo en cuenta que muchos de nuestros conciudadanos, incluso algunos bautizados, han apostado por una existencia en donde el vivir cristiano se ha convertido en una reliquia del pasado. Al igual que Santiago y Juan queremos decirle al Señor: ¡podemos! Sí podemos ser constructores de esa civilización de la paz y del amor proclamada por aquel santo papa que peregrinó a Santiago de Compostela y, desde este mismo lugar, con la valentía y la fortaleza de los hombres de Dios lanzó un reto a la vieja Europa y, de algún modo al mundo entero, porque si es verdad que Europa nació peregrinando hacia este lugar, no es menos cierto que hoy, en un mundo globalizado, aquellas palabras que eran una invitación a volver a las raíces profundas que construyeron Europa, es bien cierto que esas raíces han brotado del Evangelio predicado por los apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo y que llegó hasta el *finisterrae*, un mensaje que se convirtió en fundamento del verdadero y auténtico humanismo cristiano del que han surgido los grandes valores que han hecho grandes a nuestros pueblos y a nuestras gentes.

Con la ayuda de la gracia de Dios que no nos faltará nunca y contando con la protección del Apóstol Santiago podemos decir ¡podemos!

En la Iglesia que, por querer de Dios, presido en la caridad, se tiene una gran devoción a Santiago y a su madre, santa Salomé; un reflejo de ella se deja sentir en el parteluz del allí llamado Pórtico del Paraíso, y en los retablos de la Puerta Norte. En ese pórtico, no tan famoso como el de la Gloria de esta Catedral Compostelana, sobre la imagen de una Santiago sedente, en el parteluz, se encuentra una bellísima imagen de la Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora del Consuelo. A ella, Madre de Dios y Madre nuestra, le suplicamos que nos ayude para que aprendamos a ser pastores y ovejas en este pueblo que camina hacia esos cielos nuevos y tierra nueva.

¡Qué así sea!

Novena al Apóstol Santiago (II)

Catedral de Santiago de Compostela. Domingo 22 de julio de 2018.

Jr 23, 1-6

Sal 22

Ef 2, 13-18

Mc 6, 30-34

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo-auxiliar.

Excmo. Cabildo Metropolitano.

Sacerdotes concelebrantes.

Miembros de la Archicofradía del Apóstol.

Santiagueses y peregrinos.

¡Fieles devotos del Santo Apóstol!

¡Hermanos y hermanas en el Señor!

Venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco (Mc 6,30).

Con estas palabras del Evangelio que acabamos de proclamar en esta asamblea litúrgica del 16º Domingo del Tiempo Ordinario, quisiera iniciar mi reflexión de este día de la novena. Podemos pensar que Santiago fue testigo de esta escena que hoy nos presenta san Marcos. Los apóstoles habían realizado una experiencia misionera, tal como se nos dice en mismo Evangelio, en unos versículos anteriores: *Jesús llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos (...) ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, unguían con aceite a muchos enfermos y los curaban* (Mc 6, 7-13). Después de cumplir con esta misión que le había encomendado Jesús, vuelven a él. ***Jesús los envía y, los enviados, vuelven a Jesús.***

Nos podemos imaginar la escena: uno tras otro le fueron contando a Jesús las hazañas que habían realizado ¡Cuántas cosas no habría escuchado el Señor! Alguno de los apóstoles regresaron llenos de euforia porque comprobaron cómo se le habían sometido los espíritus malignos; quizás otros quedaron sorprendido por los milagros que habían realizado en el nombre de Jesús; sin embargo, estoy por asegurar que entre aquellos primeros amigos de Dios, también hubo alguno - es normal, siempre los hay - que se acercó a Jesús con el corazón apesadumbrado, le habían podido más el pesimismo y los miedos ante la misión y le paralizaron de tal modo que quedó atrapado por la inercia del no hacer nada más que lo de siempre, por eso se acerca con pesimismo y con el alma llena de críticas y de amargura. Seguro que todo esto lo tuvo que escuchar Jesús. Como nos escucha a nosotros en situaciones similares.

Hermanas y hermanos míos: *¡Dios es siempre novedad!* No actúa como nosotros que buscamos y queremos resultados inmediatos a nuestras acciones. Somos hijos de esta sociedad materialista y con el alma metalizada por el afán del dinero y del poder, que se preocupa de cuantificar los resultados, de la eficacia inmediata de las acciones. Si con nuestra manera de proceder se obtienen resultados, entonces estamos en el buen camino, si no los hay, se cambia lo que sea, si hace falta se manipulan las cosas y las personas, lo que importan son los resultados. Si los cristianos pensamos así qué lejos estamos del querer de Dios.

¡Jesús envía a los Apóstoles, y los Apóstoles enviados vuelven a Jesús! Este proceso sigue realizándose en nuestras vidas ¡malo si no acontece así! El Señor nos dice constantemente, nos lo puede decir ahora mismo, porque actúa a través de sus mediaciones: *Venid a solas a un lugar desierto a descansar un poco*. Es verdad que esta invitación de Jesús puede ser una tentativa fallida a causa de las circunstancias, como le sucedió a Santiago y a sus compañeros, recordad: *eran tantos los iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer*.

Cuando, como bautizados, recibimos la invitación de Jesús a la misión tenemos que abrirnos a la necesidad de buscar un lugar tranquilo para descansar con el Señor. Son imprescindibles esos momentos de oración y de recogimiento para escuchar a Dios, para hablar con él, para sentirnos reconfortados con su presencia.

Hermanos míos: No nos olvidemos que hay cientos de cristianos bautizados que nunca han vivido una experiencia de oración. Sí, es verdad, siguen dando vueltas en torno a los santuarios, pueden hacer miles de peregrinaciones, dar limosnas a los más necesitados, incluso pueden entregar su aportación al sostenimiento económico de su parroquia, todo esto es bueno, pero muchos de esos cristianos jamás han tenido una experiencia profunda de oración. ¡Le tienen miedo al silencio elocuente de la oración! Lo mismo que hay cristianos que a lo largo de su vida no han leído con pausa y atención el libro de los Evangelios.

El papa Francisco con muchos de sus gestos nos está ayudando a reaccionar; es más, él mismo nos dice en la *Gaudete et exsultate* - que es necesario que la leamos y la meditemos - a veces convertimos nuestros templos y santuarios, y nuestras reuniones gastando energías, lamentando los errores ajenos, no somos capaces de mantenernos en silencio ante los defectos de los otros, ni evitamos esa violencia verbal que arrasa y maltrata al hermano. Es doloroso comprobar - nos dice el Papa- como *algunos que se consideran cristianos pueden formar parte de redes de violencia verbal a través del internet y de los diversos foros o espacios de intercambio digital (...) se pueden perder los límites, se suele naturalizar la difamación y la calumnia, y parece quedan fuera de toda pauta moral o ética el respeto por la fama y el buen nombre de los hermanos* (cf. GE nº 115).

Vivimos, como decíamos ayer, en una sociedad compleja, cargada de subjetivismos y de individualismos que pretenden convertirse en pauta de conducta

general. Nos encontramos en un país en donde la posverdad construida por algunos y potenciada por ciertos medios se nos ofrece como **absolutos culturales**, de manera especial en temas relacionados con la vida y la misión de la Iglesia Católica...En cambio son amables y tolerantes con otras confesiones religiosas. La realidad de la familia y del matrimonio como unión de vida y de amor entre un hombre y una mujer nos lo presentan como modas pretéritas y como formas de pensamiento reaccionario.

En un mundo así, que es el nuestro, querámoslo o no, **los cristianos tenemos mucho que hacer**, no hay tiempo para lamentaciones, por eso el texto del Evangelio que hemos proclamado es perenemente actual. Somos enviados para predicar la conversión de costumbres, expulsar los espíritus del mal que inficionan el ambiente, atender a los necesitados sin acepción de personas: enfermos, ancianos, desvalidos, inmigrantes, refugiados. Pero para ser agentes de esta transformación es necesario convertirnos **¡dejarnos convertir y movernos en la dinámica de la gracia!**

Y todo este gran proyecto pastoral requiere formación, y una preparación adecuada, por eso es muy actual la invitación del Señor: *Venid a solas a un lugar desierto a descansar un poco*. Santiago y los primeros discípulos aceptaron la invitación del Jesús y, a solas, en un lugar apartado, Dios les abrió el corazón. Esto es absolutamente necesario para lograr una conversión personal y comunitaria. Os invito a que hagáis la experiencia de entrar en este templo jacobeo, donde se percibe una energía especial de la gracia de Dios, pero que lo hagáis cuando no haya gente y se encuentre en silencio, ¡a las primeras horas de la mañana! y aprovechando esa oportunidad poneos en clima de oración, os aseguré que percibiréis el querer de Dios sobre vuestra vida.

¡Cuántos jóvenes descubrieron que su vida superficial y tantas veces rota por haber vivido experiencias de riesgo que dejaron heridas en su alma; en un lugar como este, experimentaron una transformación radical, algunos - ellas o ellos - llegaron a sentir la llamada de Dios a otro estilo de vida! ¡Cuántos matrimonios en crisis, en este lugar hallaron la fuerza para seguir caminando juntos!

¡Queridos amigos! No perdáis nunca en el horizonte de vuestras vidas esta gran certeza: sólo viviendo la dinámica de la gracia que se concreta en un compromiso de cercanía a Dios en la oración, o en una apertura valiente al sacramento de la reconciliación, en una apuesta por otro estilo de vida más sobrio y más pobre que nos ayude a descubrir en el otro el rostro de Cristo y que sólo compartiendo, dándose a los demás, seremos más felices, como lo fueron Santiago y aquellos primeros cristianos, que incluso en la tribulación, la persecución y la certeza del martirio en nombre de Jesús, ni siquiera llegaron a perder la alegría.

Hoy, al finalizar mi reflexión, vuelvo a invitaros a que volváis la mirada de vuestro corazón a esa pequeña imagen de la Inmaculada - las imágenes que

adornan este templo, estratégicamente colocadas, son un reclamo para nuestra fe. Se venera en ese pequeño templete que se encuentra a los pies de la estatua sedente de Santiago y sobre el sagrario del altar mayor de esta basílica compostelana. Hacia esa pequeña imagen, que pasa desapercibida y es una verdadera joya, no solo de la orfebrería de esta Catedral, sino también un fino detalle de piedad mariana, y pedidle a Ella, la Madre de los apóstoles, que así como en su día salió al encuentro de Santiago, herido por el desaliento en la tarea evangelizadora de este pueblo, acuda en nuestra ayuda para que nos tomemos en serio la dinámica de la gracia como camino imprescindible para ser buenos cristianos.

¡Qué Dios nos ayude y el Señor Santiago! Amén.

Novena al Apóstol Santiago (III)

Catedral de Santiago de Compostela. Lunes, 23 de julio de 2018.

2 Tim 4,1-5

Sal 70

Mt 28, 16-20

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo-auxiliar.

Excmo. Cabildo Metropolitano.

Sacerdotes concelebrantes.

Miembros de la Archicofradía del Apóstol.

Santiagueses y peregrinos.

¡Fieles devotos del Santo Apóstol!

¡Hermanos y hermanas en el Señor!

¡Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. Ven Señor Jesús!

Los hijos de la Iglesia, cada vez que celebramos la Santa Eucaristía, hacemos un acto explícito de fe en Cristo resucitado y en su gloriosa venida al final de la historia. Si Nuestro Señor Jesucristo es el personaje histórico más fascinante sobre el que se siguen hablando, escribiendo e investigando; para muchos es el Dios con nosotros, fundamento y clave de nuestra existencia en el que somos, nos movemos y existimos. Su resurrección ha sido y sigue siendo el acontecimiento que no sólo transformó la historia de la humanidad, sino que es el hecho fundamental de nuestra fe cristiana que, a pesar del paso de los siglos y de tanta literatura y opiniones adversas, sigue siendo el impulso que carga de energía y dinamismo la vida de muchos hombres y mujeres de ayer, de hoy y de siempre. Muchos de ellos han sido y siguen siendo mártires de la causa de Jesucristo vivo.

Por eso, como nos recuerda san Pablo *si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también nuestra fe; más todavía: resultamos unos falsos testigos de Dios (...)* Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo sólo en esta vida, somos los más desgraciados de toda la humanidad (Cf. 1 Cor 15, 12-19). Y el Apóstol concluye aquella reflexión con una gran fuerza indescriptible, propia de aquel que lo había experimentado en primera persona: *Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto.*

El hecho de la resurrección de Jesús es esa verdad que debemos colocarla en el centro mismo de nuestro vivir, y no solo eso, sino que debemos anunciarla con frecuencia. Por eso ¿cómo es posible que hoy podamos encontrarnos con algunos cristianos que no creen en la resurrección de Jesús? Parece un contrasentido ¡y

lo es! Pero hacemos esa afirmación apoyados en uno de esos muchos sondeos demoscópicos - a los que nos tienen tan acostumbrados los medios de comunicación y los políticos -; un sondeo que se hizo a los fieles que salían de la misa dominical en una serie de iglesias. Se les preguntaba si creían en la resurrección y en, concreto, si había resurrección de los muertos. Los resultados fueron desconcertantes. Había un buen número de buenos católicos ¡de misa dominical! Que no creían en la resurrección sino en una especie de reencarnación; otro grupo sostenía ideas muy confusas cercanas a teorías exotéricas o a las religiones orientales.

¡Hermanas y hermanos míos! Somos cristianos porque Jesús, el crucificado-resucitado está vivo, sigue con nosotros *todos los días, hasta el fin de los tiempos* (Mt 28,20). Él es el *Dios con nosotros*, está con nosotros hasta el final del tiempo. Esta verdad transformó la vida y el corazón del Apóstol Santiago y el de sus compañeros, y después de la dolorosa experiencia de la crucifixión, el impacto luminoso de la resurrección de Jesús los convirtió en hombres valerosos e intrépidos y, después de Pentecostés, reactualizaron el mandato de Jesús: *Id, pues y hacer discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado* (Mt 28, 18-20).

Santiago hizo de estas palabras una consigna de actuación y, de acuerdo con esa antiquísima tradición, trajo la fe en el Resucitado hasta el *Finisterrae*. Desde tiempo inmemorial lo veneramos como padre en la fe y como patrono y protector de los pueblos hispanos y, singularmente, de Galicia.

La evangelización nunca fue una tarea fácil, ni lo era en tiempos de los Apóstoles, ni lo es ahora. Sin embargo, como cristianos debemos acoger la invitación que hoy nos ha hecho san Pablo en ese fragmento que hemos proclamado en la segunda lectura, en donde nos abre su corazón y nos deja su testamento. Os leo el texto tal como nos lo presenta la Biblia de la CEE: *Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos, por su manifestación y por su reino: Proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina. Porque vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus propios deseos y de lo que les gusta oír; y, apartando el oído de la verdad, se volverán a las fabulas* (2 Tim 4, 1-5).

Esta exhortación de san Pablo, proclamada durante el último día de la novena del Santo Apóstol, debe marcar e impulsar nuestra vida cristiana, esa vida que debemos encarnar en este mundo, en el que nos ha tocado vivir, y que es el mejor de los mundos posibles, por la simple razón de que es el nuestro. Y, precisamente en medio de esta sociedad que algunos han denominado poscristiana, es en donde nos encontramos con muchos de nuestros hermanos que, como en los tiempos de san Pablo, *no soportan la sana doctrina, sino que se rodean de maestros a la medida de sus propios deseos y de lo que les gusta oír; y, apartando el oído de la*

verdad, se volverán a las fabulas.

Os habéis fijado que algunos de nuestros conciudadanos, que se definen como ateos o agnósticos, después acuden a magos y nigromantes como en los tiempos del rey Saúl, e incluso nos encontramos con algunos bautizados, gente piadosa y buena, pero de poca doctrina, que recurren a santeros y adivinos esperando una palabra que alague sus sentimientos y necesidades. Hace muy pocas semanas el Santo Padre Francisco señaló que ante las dificultades de la vida, los seres humanos muchas veces experimentan la fragilidad de su fe y sienten la necesidad de encontrar “certezas” y “seguridades” en las prácticas de adivinación, las cuales siempre resultan “inútiles” e “insensatas”. *A veces buscamos un dios que pueda plegarse a nuestras exigencias y, mágicamente, pueda intervenir para cambiar la realidad y hacerla como nosotros la queremos.* Y alertó que de esta manera únicamente creamos un *ídolo que como tal no puede hacer nada, impotente y mentiroso.*

Las palabras de san Pablo parece que reflejan con mucho realismo la situación de muchos de nuestros conciudadanos. Es verdad que el cristianismo no es en sentido estricto una religión como las otras, sino que más religión es una vida; por eso no podemos reducir el cristianismo a un código ético sin más, aunque sea el más perfecto que pudiera crear el ser humano, sino que el cristianismo es vida. Y desde esta perspectiva, el cristiano, ayudado por la gracia de Dios y viviendo en comunión con los hermanos en el seno de esta gran familia que es la Iglesia, debe luchar por plasmar en su existencia la vida de Nuestro Señor Jesucristo que es Camino, Verdad y Vida. Por eso resulta imprescindible conocer la vida de Jesús y eso lo podremos lograr leyendo y meditando con asiduidad el libro de los Evangelios.

En este sentido quisiera recordaros, una anécdota del papa Francisco de la que fui testigo presencial. Viendo el Papa que a aquella audiencia dominical estaba asistiendo un numeroso grupo de adolescentes y jóvenes que había recibido a lo largo del curso el sacramento de la Confirmación, les hablo de la importancia de llevar siempre con ellos el libro de los Evangelios, y les decía, incluso lo podéis llevar en el bolsillo, en vuestra cartera o en la mochila cuando salís de campamento. Y prosiguió diciéndoles que al final de la audiencia iban a bajar unos acogidos en el Vaticano a entregarles un pequeño ejemplar del Nuevo Testamento.

¡Es un gesto muy elocuente! Un bautizado no puede perseverar en la vida de fe si no conoce a Jesucristo. Precisamente, en nuestra sociedad nos encontramos con un fenómeno religioso muy complejo. Por una parte, nos encontramos con bastantes personas que recibido el Bautismo, reciben en su día la Primera Comunión y, poco después, en menor porcentaje la Confirmación. A partir de ese momento, una gran mayoría, desaparecen de la vida de la Iglesia. Son los alejados, que de vez en cuando vuelven a la parroquia, como si fuese un supermercado de “lo religioso”, solicitan servicios pero no están interesados en la formación y

preparación adecuada.

Ya desde el pontificado del beato Pablo VI comenzó a hablarse de nueva evangelización; y desde él todos los papas posteriores hasta el Santo Padre Francisco. Se dieron cuenta que la vieja Europa y parte del mundo occidental, que había crecido y se había formado a la luz del Evangelio, paulatinamente se habían distanciado y olvidado, cuando no rechazado los fundamentos cristianos de su civilización. A partir de aquel momento comenzó a hablarse de una nueva tarea evangelizadora. En este sentido, han sido emblemáticas las palabras de san Juan Pablo II en este mismo lugar al dirigirse a la vieja Europa, la exhortaba para que volviese a sus raíces cristianas, a todo aquello que le había hecho grande y fuerte. Han pasado treinta y seis años de aquel acontecimiento y vemos que la intuición de los papas ha sido certera.

Por Providencia el papa Francisco, al poco tiempo de haber sido nombrado Obispo de Roma, nos obsequió con la exhortación *Evangelii gaudium* - el Evangelio de la alegría -, con sus palabras quería hacernos llegar la certeza de que *la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría* (EG n° 1). Y por medio de este documento nos invita a todos a *una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría*. No nos olvidemos de esta connotación: *marcada por la alegría*.

¿Y cuál es la clave que Francisco nos ofrece para entrar por este camino y realizar esta tarea evangelizadora propia y para los otros? Y como primer elemento nos dice:

- Renovar nuestro encuentro personal con Jesucristo.
- O al menos, tomar la decisión de dejarse encontrar por Él.
- De intentarlo cada día sin descanso.

Y añade, *cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos*.

En esta catedral, antes de que el deterioro progresivo de las humedades y también, porque no decirlo, de algunos desaprensivos que comenzaron a dejar sus nombres escritos a punta de navaja o arrancarle pequeñas muescas a la piedra del Pórtico de la Gloria para llevárselo como recuerdo o un talismán; lo recuerdo muy bien, el Pórtico estaba abierto siempre, y en el centro del mismo, sobre el parteluz, la figura sonriente de Santiago que como anfitrión de esta Casa del Señor Santiago recibe a todos los que con ánimo de peregrinos se acercan en busca de la conversión; sin embargo quisiera que contemplarais con los ojos del alma, mientras no lo podáis hacer físicamente, esa bellísima figura central de Cristo majestad, coronado como rey y señor del universo, pero en su gloria le acompañan los estigmas de la pasión. Esas son las credenciales de la gloria de

Dios. A este Cristo, inmortal, Señor de vivos y muertos le suplicamos que nos de la fortaleza para ser sus testigos en todas la periferias del mundo, y nos dé el coraje de anunciarle hasta los confines de la tierra.

¡Que Dios nos ayude en este empeño y el Señor Santiago!

Exequias del Rvdo. Sr. D. Delmiro Armada Díaz

Iglesia parroquial de Santa María de Cartelle, 2 de agosto de 2018.

Filp 3, 20-21 (nº 11)

Jn 14, 1-6 (nº 17)

Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo (Filp. 3,20)

Queridos hermanos sacerdotes.

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

Permitidme, en primer lugar que salude a los hermanos y demás familiares de D. Delmiro, a los que en mi nombre y en el de todo el Presbiterio Diocesano, aquí bien representado por este numeroso grupo de sacerdotes concelebrantes, quisiera expresarles mis más sinceros sentimientos por el tránsito a la eternidad de nuestro hermano sacerdote. Estos sentimientos son mutuos porque también D. Delmiro pertenecía a esta gran familia sobrenatural que es el Presbiterio de esta Diócesis, a la que ha nacido el día de su Ordenación sacerdotal

¡Queridos amigos todos!

Con las palabras de la Escritura Santa que hemos proclamado hace un momento, podemos decir ¡*Somos ciudadanos del cielo!* La certeza que da la Palabra del Señor a nuestras vidas, en momentos como éste, es muy grande y alentadora, ella nos ayuda y estimula nuestra esperanza, y se convierte para nosotros, de algún modo, en un anticipo de nuestra llamada a la eternidad. *Somos ciudadanos de un cielo nuevo y de una tierra nueva* que muy poco tienen que ver con esta tierra que contemplan nuestros ojos y que pisan nuestros pies. Sin embargo, aunque son distintas realidades, ambas se entrecruzan en el horizonte del corazón humano.

Es ahí, precisamente ahí, en el corazón del ser humano, en lo más íntimo del ser humano, donde cielo y tierra se tocan y adquieren su sentido último y definitivo. D. Delmiro, que tan bien conocía y vivía los misterios del Señor, que los vivía y los sentía desde la debilidad y la fragilidad humana, desde la pobreza de la existencia humana, y que muchas veces los predicó como un fiel heraldo del Evangelio, como buen sacerdote de Jesucristo.

Existe pues, hermanas y hermanos, una estrechísima relación entre esas dimensiones de la existencia humana: cielo-tierra, realidades que se hacen patentes, precisamente cuando nos encontramos en una situación como esta. Es verdad, parece que la muerte de un sacerdote que estaba enfermo, ya no nos duele tanto, y sin embargo no es esa la realidad; ni siquiera sería este el verdadero sentido de esta celebración. Existe una relación estrecha entre estas dimensiones

de la existencia humana: cielo-tierra, y nuestra vida cotidiana; de ellas son conscientes los sacerdotes cuando se acercan a la celebración de los divinos misterios o ayudan a sus hermanos laicos a dar el paso a la eternidad. Ellos saben bien que en la medida en que vivimos de una forma más comprometida, más auténtica nuestra vocación cristiana, así gozaremos de una mayor plenitud en la eternidad. Es precisamente esa certeza la que le ha llevado a aquel pastor como San Agustín a proclamar que ese Dios que nos creó sin contar con nosotros no nos salvará sin tener en cuenta el querer de nosotros mismos. De algún modo podemos decir, mis queridos hermanos, que tenemos en nuestras manos nuestra propia eternidad y la de los hermanos que la Iglesia nos ha confiado. La eternidad que como regalo de Dios ha sido sembrada en el seno de la Iglesia en cada uno de nosotros a través del don del Bautismo también se hará realidad un día, cuando Dios quiera, como ya se hizo en la existencia de D. Delmiro.

A lo largo de su vida sacerdotal, nuestro hermano *ejerció el ministerio sagrado en bien de la Iglesia*. Muchas veces, con sus palabras, llenas de profunda doctrina y firme convicción, enseñó que para llegar al Reino y gozar eternamente de la Gloria de Dios es necesario enseñar y seguir la vía que nos conduce a Él, a Jesucristo, así nos lo recordaba el Evangelio que acabamos de proclamar, Jesucristo, nuestro Señor, se nos presenta como *el Camino, y la Verdad, y la Vida. Nadie va al Padre, sino por mí* (Jn 14,1-6).

Gracias a Dios, han sido muchos los años de servicio a la Iglesia que nuestro hermano ha realizado. Muchos de nosotros lo recordamos como un pastor acogedor, y alegre. Siempre estuvo disponible, en manos de la Iglesia, a ocupar los encargos pastorales que le asignaba el Obispo, siendo y sintiéndose un sacerdote de nuestras iglesias rurales. Fue uno de esos muchos sacerdotes que atiende el mundo rural tan despoblado y abandonado, pero en el que todavía están presentes nuestros sacerdotes, son como verdaderos héroes anónimos a los que poco se les considera. D. Delmiro no ha pedido más. Podemos decir que ha sido un pastor fiel y obediente.

Gracias a Dios, hoy, al vivir y al participar en esta Santa Liturgia, en la que estamos celebrando las exequias de nuestro hermano D. Delmiro tenemos que dar gracias a Dios Nuestro Señor, por los años de fidelidad en el ministerio sacerdotal. Y con las palabras del libro del Apocalipsis, podemos decir: *Sus obras le acompañan* (Apoc 14,13). Obras de las que muchos de vosotros sois conocedores. Pero muchas obras que nosotros ignoramos. Que no hemos sabido, ni sabremos en esta tierra contemplar, valorar y descubrir. Obras de las que solo Dios ha sido y es el único testigo y juez misericordioso de todas ellas.

Cuántas cosas no somos capaces de descubrir, ni de valorar en la existencia de un sacerdote, de nuestro hermano: ¿quién, de los que está aquí, puede computar las horas de servicio a los demás a través del ejercicio callado del ministerio

sacerdotal? ¿Quién puede calcular y valorar las horas en la administración de los sacramentos y de las demás cosas santas? Las horas que ha dedicado a lo largo de su existencia a la lectura y la oración de la Liturgia de las Horas en nombre de la Iglesia, es decir, en nombre de todos los que estamos aquí, conocidos y desconocidos. La existencia fiel, entregada y apasionante de nuestros sacerdotes es un misterio ignorado para muchos de nuestros contemporáneos. Ignorado y, muchas veces, poco valorado. Lo entenderemos en la eternidad. Esperemos que, entonces, no sea tarde

Hermanos míos, cuando uno de nuestros sacerdotes, aunque sea anciano, pasa a la eternidad, nuestro corazón siente algo en lo más íntimo de su propio ser. Vuela hacia nuestro Seminario diocesano. Y esa oración por nuestro hermano sacerdote se torna también en una súplica al Buen Dios para que nos conceda buenas y santas vocaciones al ministerio sacerdotal.

A lo largo de su vida, cuántas veces sus labios han pronunciado el nombre de Santa María. A la Virgen Madre, Madre especialmente de los sacerdotes, encomendamos a nuestro hermano y le pedimos, al mismo tiempo, que nuestro corazón se llene de esperanza, porque tenemos la certeza de que el Señor nos tiene preparado un camino, un camino que nos lleva a ese lugar, recordad el Evangelio de Juan. Él nos tiene preparada esa morada, la morada preparada por el Dios de Misericordia para cada uno de nosotros, desde el principio de la existencia.

Seamos fieles. Luchemos por ser fieles mientras Él, el Señor, el Crucificado-Resucitado no nos lleve consigo, para que donde esté Él, también estemos nosotros. En esos cielos nuevos y en esa tierra nueva, que el apóstol San Pablo dice que *ni ojo vio, ni oído oyó*, lo que Dios tiene preparado para los que le aman. Entre esos amados de Dios, quiero y deseo pensarlo así, están nuestros sacerdotes. Hoy, de manera especial, está nuestro hermano sacerdote.

Somos afortunados, hermanas y hermanos míos. La fe nos indica cuál es el Camino: Jesucristo. Y también nos dice cuál es la meta: cielos y tierra nuevos. Vistos y contemplados desde esa gran eterna novedad, en una dimensión desconcertante y misteriosa, pero real. Mientras vivimos en esta esperanza, luchemos por ser fieles, cada uno de los que estamos aquí, en nuestra vocación. Vivamos la exigencia de nuestros compromisos cristianos como creyentes siendo conscientes de la ternura de nuestro Padre rico en misericordia. Amemos y queramos, cada uno de nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, a ésta que es Madre y Maestra, la Madre Iglesia, que hoy nos acoge a cada uno de nosotros, en este momento de oración por un hermano nuestro sacerdote en su tránsito a la eternidad. Y que ella, la Madre Iglesia, nos acoja a cada uno de los que estamos aquí, de tal manera que nos ayude a descubrir cuál es la voluntad de Dios.

A lo largo de la vida, la biografía de nuestro hermano se fue desgranando paulatinamente en un sinfín de lugares, de manera especial en San Lorenzo de

Cañón, Santa María de Ansemil, San Mamed de Sorga, San Payo de Veiga, San Martín de Domés, Santo Tomé de Cartelle, San Mamede de Puga, San Esteban de Ponte Castrelo, Santa María de Prado de Miño, San Salvador de Vide de Miño y Santa María de Macendo y en otros muchos lugares donde la presencia de nuestro hermano ha sido, y ha querido ser, un signo de la presencia del Crucificado-Resucitado.

Hoy nosotros, hijos de esta Iglesia, que es Madre y Maestra nuestra, nos unimos en oración pidiendo por aquél que sintiéndose como peregrino fascinado por el absoluto de Dios, entregó su vida en el ministerio sacerdotal, en un momento determinado de su existencia, y hoy, esa existencia suya ha sido acogida por las manos del Dios misericordioso, en el seno de la Iglesia del cielo. Dentro de unos momentos vamos a enterrar su cuerpo. Y lo enterramos como un símbolo, de tal manera que así como la semilla tiene que enterrarse en el surco de la tierra para que se pudra y dé fruto, así también nuestro hermano sacerdote, enterrado en el surco de esta tierra que le vio nacer hace casi ochenta años, dé fruto en vocaciones sacerdotales, como antaño en esta tierra de Cartelle; pero sobre todo de fruto de vida eterna.

Que así sea.

Exequias por el P. Pedro Pascual Pascual, Misionero Paúl

Santuario de Los Milagros. 4 de agosto de 2018.

1ª.- Rom. 14, 7-9.10b-12 (Ritual de Exequias, p. 1221)

2ª.- Lc. 12, 35-40 (Ibíd. p. 1241)

Saludo con fraternal afecto en nombre propio y en el de esta Iglesia particular a los Padres y Hermanos Paúles de este Santuario de Los Milagros, y en vosotros quisiera expresar a toda la Congregación de la Misión, a las Hijas de la Caridad y a los miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl; es decir, a toda la Familia Vicenciana tan querida por nosotros, nuestra cercanía y nuestro sentimiento por el tránsito a la eternidad del P. Pedro Pascual, hijo de esta tierra - natural de la parroquia de Tioira - que hasta hace muy pocas semanas nos alegraba con su presencia en este Santuario.

También deseo expresaros a vosotros, sus familiares, amigos y vecinos mi condolencia.

Mis queridos hermanos sacerdotes

Hermanas y hermanos míos en el Señor

Con el pensamiento que brota de la Palabra de Dios que nos ha sido proclamada, es el apóstol Pablo el que nos recuerda:

Si vivimos, vivimos para el Señor;

si morimos, morimos para el señor;

en la vida y en la muerte somos del Señor (Rom 14,8).

¡Somos del Señor! Si en alguna situación de nuestra vida estas palabras del Apóstol tienen un eco tan existencialmente vivo y actual es, precisamente, en este momento. ¡Somos del Señor! Y esa certeza cautivó con su fuerza toda la vida del P. Pascual, sacerdote que ejerció su ministerio de amor y de servicio a la Iglesia, siguiendo el carisma vicenciano que supo descubrir ya en su niñez al calor de este Santuario. Su biografía le hace recorrer los designios de la obediencia en su vida. Desde esta tierra a Roma, después a Filipinas, más tarde como Superior y Director del Colegio de este Santuario, desde aquí a la ciudad de La Coruña, más tarde a Villafranca del Bierzo, a Córdoba, a Badajoz y, de vuelta a sus raíces, otra vez en el Santuario de Los Milagros, en donde muchos le hemos conocido y tratado.

En este momento podemos decir, con el sentir de la liturgia de la Iglesia: *Sus obras le acompañan...*

El Apóstol nos habla de ¡*Sentirnos y ser del Señor!*

Mis queridos hermanos y hermanas, sobre todo vosotros, mis queridos hermanos y amigos sacerdotes, de manera especial vosotros que habéis hecho

una opción por el Señor en la Iglesia siguiendo el carisma vicenciano, no os olvidéis de que ahí se encuentra una de las soluciones a nuestra vida, tantas veces desencantada y sin sentido: ¡Sentirnos y ser del Señor!; Os invito a que volvamos la mirada a los testigos que el Señor coloca en nuestra historia, a esos santos y santas, a los grandes sacerdotes, como san Vicente de Paúl, y otros muchos que han dejado una estela de bondad porque han sabido caminar a la *luz de la fe* de tal modo que así **crearon esperanza** en el corazón de tantas personas con las que se encontraron en el camino de la vida, así nos lo recordaba el papa Francisco en su primera encíclica, *la fe va de la mano de la esperanza porque, aunque nuestra morada terrenal se destruye, tenemos una mansión eterna, que Dios ha inaugurado ya en Cristo, en su cuerpo* (cf. 2 Cor 4, 16- 5,5). *El dinamismo de fe, esperanza y caridad* (cf 1 Tes 1,3; 1 Co 13,13) nos permite así integrar las preocupaciones de todos los hombres en nuestro camino hacia aquella ciudad “cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios” (Hb 11,10), porque “la esperanza no defrauda” (Rm 5,5). Sí, hermanas y hermanos míos, así obraron tantas personas que lucharon por la santidad en lo ordinario, hombres y mujeres con los que convivimos y apenas nos damos cuenta de ellos, así vivió nuestro hermano sacerdote. Si viviéramos inmersos en esa *Luz de la fe*, que da el sentido último de nuestra vocación, no necesitaríamos entretenernos en cosas epidérmicas o superfluas que tantas veces nos hacen perder el sentido y la orientación hacia el que nos dirige nuestro compromiso vocacional. Si somos fieles en esos compromisos, seremos testigos creíbles en medio de nuestra sociedad. Una sociedad que, a través de ciertos medios está empeñada en convencernos de que la Iglesia es un contenedor de basura y no merece crédito alguno. Los hemos vivido y los estamos viviendo con dolor como algunos hijos de la Iglesia a cometida crímenes horrendos hace setenta, cuarenta o quince años, y por ellos se juzga a toda esta gran familia que es la Iglesia santa de Dios en donde nos encontramos con hombre como el P. Pascual, con un corazón ardiente por la misión y por la evangelización. Quién repara en sus muchas obras realizadas por amor a Dios y a su Iglesia.

Cuando llega la muerte, el ser humano, también el creyente, se siente estremeado ante esta certeza. Sí, sabemos que vendrá, no sabemos ni el cuándo, ni el cómo, ni el donde. A veces caemos en una falsa ilusión al pensar que a nosotros nos queda lejos. Pero no es así, es una realidad cercana, ínsita en nuestra frágil naturaleza, por eso los amigos de Dios, nos han enseñado a estar siempre atentos y vigilantes. Cuando nos encontramos con el morir de una persona más o menos cercana, se hacen efectivas las palabras que acabamos de escuchar en la proclamación del Evangelio: ¡*Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas!* (Lc. 12,35)¹

La invitación imperativa de la palabra del Señor que acaba de ser proclamada

¡*tened!* nos recuerda aquella otra de la Escritura Santa que nos dice ¡*estad atentos y vigilantes!* ...el Señor viene, el Señor está cerca, ¡está aquí!. El hecho de la muerte de los otros se convierte para todos en una realidad propedéutica, algo así como un entrenamiento a lo divino en la escuela del divino servicio; es decir, en el **seguimiento del Señor**, porque ¡*somos del Señor!*

Al celebrar la Eucaristía en la comunión de este misterio de fe y amor que es la Iglesia, estamos abriendo una puerta a la esperanza y con Ella decimos: *Creo que mi Redentor vive y que al final me alzaré del polvo; después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán (Job 19, 25-27).*

Sólo a través de la fe, de la *luz de la fe*, de la fe vivida muchas veces a través de esa *noche oscura* que nos hace entrar por la *espesura del padecer* - que muy bien supo experimentar el P. Pascual en los últimos años de su vida - podemos gustar de antemano el gozo y la plenitud de esos *cielos nuevos y de esa tierra nueva*, fin de nuestro caminar como peregrinos fascinados por el Dios misericordioso, cuyo rostro deseamos ver y buscamos cotidianamente ¡*Tu rostro buscaré Señor, no me escondas Tú rostro!* ¡Cuántas veces, el P. Pascual - como muchos de nosotros - habrá repetido este versículo de los salmos. Y ¡cuántas veces el Señor le habrá sonreído mostrándole su rostro en tantas personas que acudían y acuden a este Santuario para vivir el Sacramento de la Penitencia; niños, jóvenes y ancianos con los que él estuvo en contacto a lo largo del ejercicio de su ministerio! Cuando asistimos a la muerte de uno de nuestros sacerdotes, aunque este sea anciano, se encuentre enfermo y no esté desempeñando un ministerio activo, siempre lo hacemos con la conciencia de que esa realidad que entregamos a la tierra es semilla de un nuevo amanecer. Este cuerpo, desgastado por los años y la enfermedad...que ahora vamos a enterrar en el atrio de este Santuario, tierra de santos, es una ocasión propicia para pedir al Señor que le haga fecundo. Que su estela de vida sacerdotal, vida de un verdadero discípulo misionero nos ayude a ser generosos y entregados; suscite nuevas vocaciones para la vida consagrada y para el ejercicio del ministerio sacerdotal.

Podemos decir que el P. Pascual ha pasado en estos últimos años de su existencia en este ámbito que le era tan familiar, viviendo con sencillez su pasión por Dios en lo cotidiano, y de ahí a la Pascua definitiva. Eso pensamos, eso queremos creer, y eso es para nosotros un deseo que brota de nuestro corazón agradecido porque este sacerdote *bueno y fiel* fue abriendo, constantemente, y sin hacer ruido, las puertas de su existencia de criatura al misterio de esa energía profunda de la gracia que lo transforma todo y así se fue preparando para vivir bien la Pascua definitiva.

Invocamos la intercesión del beato Narciso, hermano del P. Pascual cuya beatificación - todavía reciente- vivió con agradecimiento y santa envidia, para

que reciba a su hermano en esos cielos nuevos y en esa tierra nueva preparados por el Dios de las misericordias para aquellos que Él ama.

A la Madre de Dios, Señora de los Milagros, cuya devoción marcó su recia espiritualidad a lo largo de toda su existencia consagrada, le encomendamos. De manera providencial ha sido llamado durante la Novena de la Virgen que fue motivo de tantos desvelos y proyectos. Que esta Madre de Misericordia le socorra y en él se cumpla aquello que pedimos en esa oración tan antigua: *Acuérdate, Oh Virgen, Madre de Dios, cuando estés ante la presencia del Altísimo, de decirle cosas buenas a Dios de este sacerdote...bueno y fiel, y que nos proteja y acompañe también a todos nosotros que nos fiamos de su misericordia y ternura.*

¡Qué así sea!

Solemnidad de Santa Clara

Monasterio de San José de Vilar de Astrés, 11 de agosto de 2018.

Os 2, 14b.15b.19-20

Sal 44

2 Cor 4, 6-10.16-18

Jn 15, 4-10

Mis queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.

Revdma. Madre Abadesa y querida Comunidad de Clarisas Reparadoras del monasterio de San José de Vilar de Astrés.

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

Hace sólo unos días celebramos la fiesta de Edith Stein, una de las últimas santas religiosas y mártires que, además fue proclamada patrona de Europa; es ella la que con sus palabras cargadas de fuerza nos dice que *a través de muchos de los santos se construye la verdadera historia* (GE, nº 8). ¡Construir la historia! No hay ningún país como el nuestro en el que nos encontremos a tantos ciudadanos, y tantos medios de comunicación que, con insistencia casi aplastante, nos hablen de “memoria histórica” entendida como una especie de *deconstrucción* de los eventos históricos acaecidos hace muchos años, y esto desde una clave ideológica totalmente *a posteriori*.

Mis queridas Hermanas Clarisas: imaginaos por un momento que un pequeño grupo de esta comunidad pretende por su cuenta reconstruir la vida de Santa Clara y recrearla de acuerdo con sus criterios y opiniones personales. Que no le gusta la santa de Asís tal como se muestra en sus escritos y en sus cartas. Tal como nos la presenta la Iglesia. Prefieren otro estilo de persona y, por supuesto, otra forma de santidad. Si actuásemos así, además de observar una postura extrema ¡haríamos el ridículo! Aunque podéis estar seguras de que siempre habría algunos/as que nos aplaudirían en la búsqueda de esa santa Clara inexistente, porque, hermanas mías ¡así es la necedad humana!

Cuando esta mujer, santa Teresa Benedicta de la Cruz -Edith Stein -, a la que se refiere el papa Francisco, ella nos habla de *construir la verdadera historia*, lo dice en el sentido de que tras los acontecimientos más importantes que son reseñados en la prensa diaria y algunos quedan recogidos en los libros de historia se encuentra la vida misma de aquellos hombres y mujeres que marcaron los acontecimientos decisivos de la historia de su mundo y, en especial de nuestro pequeño mundo. De esas almas sobre las cuales nada se nos dice en los libros de la historia corriente de la humanidad depende nuestra vida. Por eso, *la santidad es el rostro más bello de la Iglesia* (GE, nº 9). Una santidad que da sentido a nuestras vidas, especialmente

a las vuestras, a este monasterio y a todas sus dependencias, pero de manera especial, que da sentido a ese manantial de fidelidades que discurre sobre la tierra que pisamos. ¡Es tierra de santos!

Vosotras, hermanas pobres de santa Clara, os habéis dejado fascinar por ese amor que nos primerea a todos y os ha llevado a pronunciar, en el silencio de vuestra vida consagrada, esas hermosas palabras con las que nos ha regalado el texto del profeta Oseas de la liturgia de hoy: *le llevaré al desierto, le hablaré al corazón (...)* *Me casaré contigo en matrimonio perpetuo...en derecho y santidad, en misericordia y compasión; me casaré contigo en fidelidad y **conocerás al Señor*** - tal como traduce la Biblia de la CEE.

Vuestra entrega, al estilo de aquella gran mujer que fue Clara de Asís, tiene como finalidad “conocer al Señor”. Un Señor que se os revela, de manera especial, en el desierto; en el desierto de vuestra clausura, y precisamente en este ambiente, el mismo Señor hace *brillar la luz (de) su rostro* en medio de las tinieblas de vuestra existencia, es decir, en medio de las dificultades y problemas, contando siempre con vuestras limitaciones y miserias personales para que resplandezca *el conocimiento de la gloria de Dios, reflejada en el rostro de Cristo* - tal como nos lo recuerda el texto de san Pablo. Y esa belleza del rostro de Cristo tenemos que hacerla presente todos, pero de una manera especial vosotros, a través de ese tesoro que *llevamos en vasijas de barro, para que se vea que esa fuerza tan extraordinaria es de Dios y no viene de nosotros* (2 Cor 4, 6-10.16-18).

El Santo Padre nos recuerda que *todos estamos llamados a ser testigos y que existen muchas formas existenciales de testimonio* (GE, nº 11). En vuestro caso, siguiendo al Señor, vuestro esposo; bajo el carisma de los Seráficos Padre San Francisco y Santa Clara, y prosiguiendo con estilo de vida trazado por la **Madre Josefa de la Resurrección** habéis plantado sobre lo alto de Vilar de Astrés este monasterio como si fuese esa vid que fue dando, y sigue dando, frutos tanto materiales como espirituales. Los frutos materiales los estamos viendo y, en los últimos meses contemplamos como la Providencia del Señor se está haciendo realidad en la conclusión de las obras del templo monástico, un lugar que quiere convertirse en una gran tienda de campaña - su misma forma nos lo recuerda- en donde su centro gira en torno a Cristo - vid verdadera - y de esa vid fecunda brota y se alimenta no sólo vuestra comunidad monástica sino que también quiere que surjan muchos beneficios espirituales para todos los hijos e hijas de esta Iglesia en Ourense que como peregrinos que buscan el rostro del Señor lo puedan encontrar en la belleza de este paraje y de este lugar.

Ya nos recordaba el papa Francisco que *necesitamos crear espacios motivadores y sanadores para los agentes pastorales, lugares donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos*

sobre la propia existencia y experiencia, con la finalidad de orientar al bien y a la belleza las propias elecciones individuales y sociales (EG, nº 77). Ruego al cielo y, de manera especial a Santa Clara, que este complejo monástico de San José de Vilas de Astrés se convierta en una efectiva realidad que os ayude a ser una comunidad monástica en salida, siempre sin perder los valores específicos de vuestra vida en clausura, en silencio, en oración y, sobre todo en fraternidad.

Convertid todo este complejo monástico en una gran vid unida a Jesucristo, como los sarmientos que no pueden dar vida si no están unidos a la vid, igual vosotras, en la medida en permanezcáis muy unidas a Cristo Señor y Esposo, así os convertiréis en auténticos testigos misioneros del Dios de la misericordia y de la ternura que será la clave de verdadera esperanza.

Que nuestra Madre Inmaculada y San José nos ayuden, a vosotros y a mí, a perseverar en este camino de santidad que brota del nuestro bautismo y cuyo dinamismo nos impulsa a la vida eterna. Convenzámonos de que si no tomamos en serio nuestra santidad personal el proyecto de esa conversión pastoral al que nos invita la Iglesia será una simple quimera. Y si queremos ser esos hombre y mujeres que, al estilo de aquellos que construyeron la verdadera historia, sin ruidos ni publicidades, como santa Clara de Asís, vuestra seráfica Madre, debemos dejar que la gracia del Bautismo y de la consagración monástica, o de la ordenación sacerdotal nos ayude a fructificar en el camino de la santidad. Convenzámonos de una vez que no habrá construcción de una auténtica historia liberadora, ni podremos llevar a cabo la nueva tarea evangelizadora si no luchamos por hacer realidad en nuestra vida personal el proyecto de la santidad en lo cotidiano, que irá creciendo a lo largo de la vida por medio de pequeños gestos.

¡Qué así sea!

Solemnidad de San Bernardo

Monasterio de Santa María la Real de Oseira. 20 de agosto de 2018.

Saludo con cordial afecto al P. Alfonso y a esta querida Comunidad monástica de Oseira.

Hermanos sacerdotes concelebrantes.

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos hoy la solemnidad de San Bernardo de Claraval, aquel que fue denominado el “último de los Padres de la Iglesia” porque él ha sido el que renovó la teología de su tiempo e hizo presente la reflexión realizada por los Padres de la Iglesia.

Él con su escritos, y con su vida nos ha enseñado, de manera especial a los que por vocación ejercemos el ministerio pastoral en la Iglesia que siempre es necesario esforzarnos y proseguir en el camino de la búsqueda del Dios que es ternura y misericordia, y al que no se le busca suficientemente; sin embargo, después de las consideraciones racionales que nos ofrece el concluye uno de sus ensayos afirmando que *quizás se pueda buscar mejor a Dios y encontrarlo más fácilmente por el camino de la oración que por la discusión.*

A san Bernardo se le aplica el texto de la sabiduría que hemos proclamado: *Supliqué y me fue dada la prudencia, invoqué y vino a mí el espíritu de sabiduría* (Sab 7,7). Los santos no sólo son los mejores hijos de la Iglesia sino que son *su rostro más hermoso*. Tenemos que aprovechar estos acontecimientos eclesiales para hablar de la belleza de la Iglesia que quiere ser *sal de la tierra y luz del mundo* (cf. Mt 5, 13-19), de manera especial en circunstancias como las actuales en donde, una vez más, recibimos con insistencia a través de algunos medios de comunicación una serie de noticias acerca del comportamiento de algunos miembros del clero y de la vida religiosa que no sólo nos llenan de repugnancia y dolor sino que se convierte en ocasión propicia para que algunos se aprovechen de esas situaciones vergonzosas y humillantes para desacreditar a la misma Iglesia, su doctrina y el ejercicio del ministerio ordenado. El Santo Padre Francisco, al igual que sus inmediatos predecesores han sido claros y tajantes. A raíz del último informe de varias diócesis de Pensilvania (EE UU) *los abusos descritos en el informe son criminales y moralmente reprobables*. Ante tanta inmundicia solo hay dos palabras que pueden expresar los sentimientos de todos los hijos e hijas de la Iglesia Católica, frente a estos horribles crímenes: ***vergüenza y dolor***.

Nosotros hoy, desde esta abadía cargada de historia y de arte, pero sobre todo de tanta santidad de vida de aquellos que han sido y son sus moradores. La tierra que estamos pisando es tierra de santos. Por eso, siguiendo la estela luminosa

de los mejores hijos de la Iglesia que con su vida fueron sal y luz del mundo es necesario decir que eso que nos presentan no es la Iglesia de Jesucristo. Esos comportamientos son la corrupción de aquello que constituye lo más genuino de la Iglesia misma que es el Evangelio de Jesucristo, el Evangelio de la ternura y de la misericordia, que encuentran su expresión indiscutible en el Sermón del Monte: *¡Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios!*. Esa bienaventuranza se refiere a quienes tienen un corazón sencillo, puro, en el que se lucha para que no crezca la suciedad, porque un corazón que sabe amar no deja entrar en su vida algo que atente contra ese amor. Por eso, en este camino de santidad *lo que más hay que cuidar es el corazón. Mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, esto es santidad* - nos recuerda el Papa-.

Jesús, con su Evangelio, no nos dejó una teoría ni una hermosa filosofía sobre la santidad, sino que explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (cf Mt 5, 3-12; Lc 6,20-23); en realidad ellas constituyen como el *carnet de identidad* del cristiano. Aquel bautizado que convierte en su programa de vida las bienaventuranzas, a pesar de sus miserias y fragilidades, contando siempre con que todos somos pecadores, ayudados por esa *energía de la gracia*, que sólo Dios posee y nos la ofrece con largueza, se irá dibujando en cada uno de nosotros el rostro de Jesús.

¡Hermanos míos! Ante esta dolorosa situación que está provocada por las noticias reiteradas que algunos medios de comunicación se empeñan en magnificar y que causan tanto dolor y generan un profundo desconcierto en muchos hijos de la Iglesia, debemos levantar nuestra voz y decir que esa no es la Iglesia de los santos. Ellos, como san Bernardo, podrían hacer suyas las mismas palabras que nos ha ofrecido hoy la carta de san Pablo a los fieles de la iglesia de Filipos: *Sed imitadores míos y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros. Porque - como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos - hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas (...)* Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo (Flp 3, 17-4,1) El Apóstol parece que de forma profética nos ofrece una palabra con la que parece radiografiar esas actitudes inenaberrables de aquellos que, con su tenor de vida, se convirtieron en enemigos de la cruz de Cristo.

Al contemplar la vida y leer las obras de Nuestro Padre san Bernardo nos damos cuenta de que la santidad a la que nos llama el Señor no se realiza a base de grandes heroicidades y de obras extraordinarias, ¡todo lo contrario! la santidad a la que el Señor nos llama va creciendo en nuestras vidas a base de gestos que son la traducción en la vida cotidiana de la lucha constante por caminar en la perspectiva de la conversión evangélica. Y lo sabéis muy bien, un monje se define por ser un bautizado que ha optado por *vivir el momento presente colmándolo*

de amor al estilo de Jesucristo. Sólo así lograremos que esos gestos de amor se conviertan en esa capacidad de atracción, que fue una de las características de la vida de san Bernardo, suscite en medio de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, en especial de los jóvenes, una interrogante para su vida.

Corremos el riesgo de pensar que en la época de san Bernardo no se daban semejantes acontecimientos, y nos equivocamos. Fueron tiempos recios los que le tocó vivir. Y con esa *parresía* propia de los hombres de Dios, san Bernardo llegó a afirmar que *los negocios de Dios son los míos*, exclama: *nada de cuanto le concierne me es extraño. Y los negocios de Dios son primero su Ley, y luego su Iglesia*. Cuando la primera es burlada y la segunda perseguida, por quien sea, san Bernardo se levanta y sale de su claustro para protestar y combatir. Ya se trate de un papa, como de un arzobispo al que le dice: *Os mostráis como odioso, intratable. . . No conocéis más ley que vuestro placer, no obráis sino como déspota sin jamás pensar en Dios ni saber lo que es temerlo*. Al Papa mismo le dice: *Quisiera encerrarme en el silencio y el temor: la Iglesia entera no dejaría de levantarse contra la corte de Roma mientras ésta persista en sus actuales errores*. Y qué errores y escándalos, hasta el punto de que la rivalidad y los intereses puramente humanos entre las distintas facciones de los cardenales les lleva a elegir dos papas y durante un cierto tiempo en la Iglesia había dos obediencias. En el concilio de Etampes, san Bernardo se pronuncia a favor del papa Inocencio, no solamente por ser éste el más leal y desinteresado, sino por haber sido elegido el primero y consagrado por el Obispo de Ostia. Tres veces en el curso de cuatro años (1133-1135-1137) el Abad de Claraval emprende el viaje a Roma. La causa que ha hecho suya termina por triunfar. Inocencio II es aclarado por el pueblo, reconocido por los reyes y por el Emperador. Así termina aquel cisma. Después de ocho años de viajes, de diplomacia y de luchas, el árbitro de la Cristiandad no aspira sino a volver a su celda: *apresuradamente vuelvo y anuncio una recompensa: la victoria de Cristo y la paz de la Iglesia*. Es entonces cuando comienza a denominársele como **“una columna de la Iglesia”**. Este título lo merecerá todavía mucho más cuando uno de los antiguos monjes de Claraval, Bernardo de Pisa, es elegido Papa con el nombre de Eugenio III (año de 1145). También al mismo rey de Francia, Luis VI, que había confiscado los bienes del Arzobispado de París, le escribe: *En vos, que fuisteis su defensor, encuentra ahora la Iglesia un opresor, un nuevo Herodes*.

Ante situaciones dolorosas como las que nos acontecen corremos el riesgo de desentendernos y esperar que otros busquen la solución. Al repasar la vida y la obra de san Bernardo vemos que esta un fue la actitud de los santos. En este sentido, que claras son las palabras del papa Francisco en su última exhortación apostólica: *La costumbre nos seduce y nos dice que no tiene sentido tratar de cambiar algo, que no podemos hacer nada frente a esta situación, que siempre ha sido así y que, sin embargo, sobrevivimos. A causa de ese acostumbrarnos ya no nos enfrentamos*

el mal y permitimos que las cosas sean lo que son, o lo que algunos han decidido que sean. Pero dejemos que el señor venga a despertarnos, a pegarnos una sacudida en nuestra modorra, a liberarnos de la inercia. Y, después de este diagnóstico nos marca la ruta: Desafiemos la costumbre, abramos bien los ojos y los oídos, y sobre todo el corazón, para dejarnos descolocar por lo que suceda a nuestro alrededor y por el grito de la Palabra viva y eficaz del Resucitado (GE, nº 137).

En este sentido: *Nos moviliza el ejemplo de tantos sacerdotes, religiosas, religioso y laicos que se dedican a anunciar y a servir con gran fidelidad, muchas veces arriesgando sus vidas y ciertamente a costa de su comodidad. Su testimonio nos recuerda que la Iglesia no necesita burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos - como san Bernardo nos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante (GE, nº 138).*

En esta iglesia monástica en la que se venera esta antiquísima imagen de Santa María la Real de Oseira, una imagen que nos llena de ternura, podemos recordar aquella máxima de *per Mariam ad Jesum*, a través de María somos llevados a Jesús. El mismo santo nos invita a que en las angustias y en las certidumbres recurramos a ella, pensemos en ella, invoquémosla. Os quisiera invitaros, en esta solemnidad de san Bernardo que invoquemos a Santa María Madre de la Iglesia para que hoy y siempre nos ayude, nos proteja y nos convierta en discípulos misioneros.

¡Qué así sea!

Celebración de inicio de la segunda etapa de los grupos sinodales y del envío para realizar las diversas tareas pastorales

21 de septiembre de 2018, S.I. Catedral de Ourense (Fiesta de San Mateo).

Por pura Providencia esta celebración coincide con la fiesta litúrgica de san Mateo, apóstol y evangelista. Es un signo más de que el Señor nos quiere y camina con nosotros, es el *comandante desconocido*, para nosotros, pero, sin embargo, ninguno de los que estamos aquí somos desconocidos para Dios. Estamos y nos sentimos grabados por el fuego del corazón de Jesucristo en las *manos de Dios*.

¿Os habéis fijado en el primer texto de la Palabra de Dios que ha sido proclamado? ¡Parece que el mismo Espíritu lo ha escrito para nosotros!

Yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos. Sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz...

¡Y el texto sigue! ¡Ojalá pudiéramos tener más tiempo para contemplarlo juntos!

Hemos sido convocados por el misterio de la Iglesia para celebrar un acontecimiento de gracia: el inicio de la segunda etapa del Sínodo diocesano.

Hermanos míos, cuántos temores y miedos, cuántas reticencias, cuántos respetos humanos... no faltaron las zancadillas ni las críticas, ¡gracias a Dios!, porque de este modo hemos percibido que el Sínodo diocesano, que este esfuerzo por caminar juntos: obispo, pastores, religiosos y laicos, es un signo elocuente del querer de Dios.

Por eso, hemos podido comprobar con agradecimiento al Señor: tanta gente buena entusiasmada y preocupada por el Sínodo, tanta oración de las religiosas, especialmente las de clausura... ¡y tantas oraciones ofrecidas por los enfermos e imposibilitados...! ¡tanta gracia!

Por eso, en el marco de esta Eucaristía celebrada en torno a la catedral del Pastor de esta Iglesia y sobre el altar de este templo catedralicio que es vuestra catedral: la iglesia catedral del Pueblo Católico de esta Diócesis que con su Obispo, una vez más, se reúne para celebrar el sacramento del amor y de la unidad...

Por eso, precisamente aquí y desde aquí, hago más las palabras del Apóstol que desde la prisión dirigía esta exhortación a la pequeña comunidad de Éfeso:

Os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados.

Sí, hermanas y hermanos, caminar juntos, vivir el Sínodo, participar en él, ya sea de una forma activa o pasiva -aunque sólo sea con un Avemaría diaria- responde a las exigencias de la vocación a la que habéis sido convocados.

No creáis a los profetas de calamidades -como les llama el Santo Padre Fran-

cisco-, escuchad en vuestro corazón la invitación que os hace la Iglesia a través de tantos medios y de tantas personas -serán medios pobres e insuficientes- pero son mediaciones de Dios.

Desde aquí os animo a los presentes a que sigáis caminando, a que no os canséis y mucho menos deis marcha atrás, que es lo que quiere el Maligno.

¡No os olvidéis: Dios y la Iglesia lo quiere, lo desea y os necesita a todos!... ¿Acaso no lo habéis notado? ¿No os habéis dado cuenta del gran bien que el Sínodo nos está concediendo?

Os ruego, como si fuera un pobre de Jesucristo que extiende su mano para pedirnos una limosna; os ruego que invitéis a muchos más. La hora del Sínodo es la hora de Dios para tantas personas. ¡No importa que se incorporen tarde! ¡Ayudad a buscar la hora de Dios para muchos de nuestros hermanos!

Comenzamos esta segunda etapa, ¡siempre estamos a tiempo para recomenzar!

Necesitamos aprender de la paciencia de Dios para con nosotros; por eso el Apóstol nos recomendaba:

Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la Paz.

Al finalizar esta Eucaristía celebraremos el rito del envío. Sobre todos nosotros, yo el primero, se va a repetir aquella misma palabra que percibió San Mateo cuando estaba sentado al mostrador de los impuestos: ¡Sígueme!

Todos, como cristianos, estamos siendo invitados, constantemente, al seguimiento de Jesús. ¡Seguid a Jesús! Y donde está Jesús, nuestro Señor Jesucristo se nos hace presente en los otros. Esos otros que tienen un rostro:

Los niños y jóvenes: a los que algunos les están presentando la Iglesia como si fuera un contenedor de basura, lleno de corruptos depredadores del mal. Nos quieren presentar a todos: obispo, sacerdotes, religiosos... como si fuésemos gente peligrosa a la que no conviene acercarse.

Buscad a los jóvenes, allí donde se encuentren, y querédlos como se nos muestran. Descubramos esos nuevos areópagos donde ellos se reúnen: deporte, música, diferentes formas de asociacionismo. Buscadlos ahí y los encontraréis. Y ahí haced presente la certeza de que Jesús les ama como son. ¡no les lancéis discursos ni homilías! Hacedles presente el rostro alegre del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo que quiere hablarles, no a través de nuestras palabras sino con nuestros gestos y, sobre todo, con nuestro testimonio alegre.

Buscad a los jóvenes matrimonios con dificultades, a los que se preparan para el matrimonio... Acercaos al os que viven en situaciones especiales. Mostradles el rostro hermoso del a Iglesia Madre y Maestra.

Buscad a Jesús en los pobres, en los marginados por toda clase de causas y problemas, en los inmigrantes que viven entre nosotros. Acogedlos como hermanos. ¡A todos! No os olvidéis de lo que nos dice el Evangelio de hoy:

Andad, aprended lo que significa “Misericordia quiero y no sacrificio”: que no he venido a llamar a justos sino a pecadores.

Hermanas y hermanos: delante de nosotros se despliega el rostro bellissimo de la Iglesia como este hermoso retablo de la capilla mayor de nuestra catedral. En ese pórtico de luz destacan muchas figuras. ¡Son los santos! Los que constituyen el verdadero rostro de la Iglesia.

Pidámosle a los Santos, en especial a San Martín, icono de la caridad, que nos ayuden en esta nueva etapa de nuestro camino sinodal y nos haga testigos misioneros enviados a este mundo que tanto necesita a Dios.

DISCURSOS

Encuentro con los Misioneros Diocesanos

Ourense, 21 de julio de 2018.

Os saludo a todos vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en especial a Mons. Adolfo Zon, Obispo de Alto Solimoes en Brasil.

Y a todos vosotros, mis queridos amigos, que formáis parte de la Delegación Episcopal de Misiones y, os agradezco vuestra colaboración y vuestro tiempo precioso a la hora de implicaros en las diferentes tareas asignadas a esta Delegación. Sin los voluntarios sería imposible hacer realidad tantos proyectos como tiene esta Delegación, sin ninguna duda, la más activa de todas las Delegaciones diocesanas y, ruego que me entendáis bien, porque todas son necesarias, pero la de Misiones tiene un “plus” especial que no encontramos en las otras.

Bajo el hermoso y programático lema: *Segue su huella*, nos reunimos en este **cuadragésimo encuentro con nuestros misioneros diocesanos**. Han sido cuarenta años en los que esta antiquísima Iglesia, que peregrina por las tierras ourensanas, se ha reunido para celebrar este encuentro familiar, festivo, religioso, en definitiva, un encuentro eclesial en el que toda esta gran familia que es la Diócesis quiere celebrar **con** vosotros y **en** vosotros a aquellos hijos e hijas de esta tierra que estáis en la vanguardia de la Iglesia. Una Iglesia que quiere seguir siendo generosa, misionera, aunque las necesidades internas sean fuertes nunca se podrá apagar el sentido de la misión en nuestras comunidades; si esto sucediera, sería un empobrecimiento tan grande que nos pondría en riesgo de inanición y muerte.

El papa Francisco está insistiendo en que debemos ser una *Iglesia misionera*, en salida, sin fronteras, y todos debemos saber descubrir el sentido de esta llamada a la misión tanto aquí como allende nuestras tierras.

Tenemos que esforzarnos por hacer que esta jornada se abra, también a los jóvenes y adolescentes. Es imprescindible hacerles llegar la belleza de la vocación misionera que es una realidad existente, no una pieza del pasado.

Me es muy grato presentaros a un sacerdote de esta Iglesia que ha entregado muchos años de su vida, todavía joven, en la misión, de manera especial en Misión Diocesana de Jipijapa. Me refiero a **D. Manuel Rodicio Pozo**

Nació en Allariz y ahora se encuentra allí realizando su misión, difícil, pero no le falta ilusión para sacar adelante ese proyecto de la **Unidad de atención parroquial de Allariz**.

Estudió en nuestro Seminario y recibió la ordenación sacerdotal el día 18 de julio de 1981. Lleva ya 37 años de fidelidad en el sacerdocio, hecho que es para celebrarlo y darle gracias a Dios.

Recién ordenado fue destinado a *Gabín*...!!! En donde estuvo siete años. Después pasó a *Carracedo*, más cerca de Ourense, donde permaneció cuatro años.

Se ofrece como misionero *fidei donum* a la archidiócesis de Portoviejo (Ecuador) de 1993 a 1999, ejerce como copárroco de Santa María Madre de Jipijapa.

En el año 1999 regresa y completa sus estudios teológicos en la UPSA y en Jerusalén, consiguiendo la Licenciatura en Teología Bíblica.

Regresa a Ourense. Imparte lecciones en los Seminarios Diocesanos durante siete años. Se le nombra Delegado Episcopal de Misiones sustituyendo a un sacerdote emblemático en las tareas misioneras que fue D. Aurelio Grande.

Vuelve otra vez a Ecuador y además de la parroquia de Jipijapa, Mons. Lorenzo Voltolini le nombra Vicario de la Zona y Vicario General para las zonas Sur y Occidente del Arzobispado, Delegado del Clero, Profesor del Seminario.

El año pasado regresó a esta su Diócesis y se le encomendó en febrero de 2018, la Unidad de Atención Parroquial de Allariz, impartirá alguna clase en el Instituto Teológico Divino Maestro.

CARTAS

Carta con motivo da Xornada de Santificación Sacerdotal

A todo o Pobo de Deus: presbíteros, reitores dos Seminarios, membros da Vida Consagrada, especialmente ás monxas e monxes, ós que pertencen á Vida Apostólica, Institutos Seculares, Grupos, Movementos, Asociacións e Confrarías.

Irmás e irmáns:

Un ano máis, secundando o desexo do papa Francisco, celebraremos o vindeiro día 8 de xuño, solemnidade do Sagrado Corazón de Xesús, a Xornada de Santificación Sacerdotal. Durante ese día, ó finalizar a Santa Misa, rogo ós sacerdotes que, xunto cos fieis, dediquen un pequeno momento de oración pedindo pola santificación dos sacerdotes, polas vocacións ó sacerdocio e conviden ós fieis asistentes a realizar algún acto de reparación polos abusos cometidos por algúns membros da Igrexa, que tantas vítimas teñen xerado e tanta dor teñen causado ó Papa e a toda a comunidade eclesial.

Neste sentido poden ser de utilidade as Loanzas e Actos de desagravio que se poden atopar en calquera devocionario popular, ou ben empregar o libríño de *Magnificat* deste mes de xuño nas súas páxinas 17-19.

Ós sacerdotes e demais membros da vida consagrada, convídoos a que lean e mediten o texto que nos chegou dende a Congregación do Clero.

Acollamos esta invitación que o Santo Pai fai con toda a Igrexa. Na nosa Diocese, durante as ordenacións sacerdotais do vindeiro sábado, día 9, daremos un sentido especial a este acto de desagravio e reparación.

Que Xesús sexa por sempre nos nosos corazóns! Encoméndome ás vosas oracións e bendígovos con afecto.

Carta pastoral de presentación de la Programación Pastoral Diocesana Revista Pastoralia

1 de agosto de 2018.

La comunión: “principio educativo” en la Iglesia

✠ J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Bien sabemos que el agente principal de la evangelización es el Espíritu Santo, pero esto no quiere decir que nos crucemos de brazos y, mirando al cielo, nos contentemos con aguardar a que todo nos venga dado desde “lo alto”. ¡Todo lo contrario! De la certeza de que toda la obra de la evangelización depende del Espíritu surge la fuerza que nos impulsa a programar juntos para trabajar y caminar unidos en la comunión de esta Iglesia en Ourense. En este sentido, todavía resuenan con fuerza aquellas emblemáticas palabras de san Juan Pablo II: *Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros (...) si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo*².

Ya en aquel entonces el “santo papa” nos aconsejaba, vivamente, que antes de programar iniciativas concretas, hacía falta *promover una espiritualidad de comunión*. Es más, este dinamismo espiritual debe ser propuesto como *principio educativo* en todos los ámbitos de la realidad eclesial donde nace, crece y se desarrolla todo agente de pastoral, de manera especial en nuestros seminarios; será ahí en donde este principio educativo deberá convertirse en esa realidad transversal que recorra toda la vida y actividades de esos centros de formación, impregnando así la personalidad de los futuros pastores.

¿De qué nos importa formar sacerdotes si estos no son capaces de vivir el espíritu de comunión y convertirse, ellos mismos, en hombres de comunión? Pero, no sólo en los seminarios, sino también en las escuelas católicas, en nuestras parroquias, en los diferentes grupos, movimientos y asociaciones apostólicas. Porque, ¿qué ventajas obtenemos del hecho de que mi parroquia funcione bien, si no soy capaz de lograr que los miembros de mi comunidad se abran a las otras realidades eclesiales y las sientan como suyas? ¿Se viviría una auténtica comunión eclesial si en la institución en la que me encuentro no se sintiera como propias las necesidades y preocupaciones de las otras parroquias?

Sea cual fuere nuestro proyecto de vida o nuestra programación pastoral, bien de la diócesis o de la parroquia, si no lo hacemos desde la perspectiva de la comunión y buscando la manera de crecer en ella, poco sentido tendrían nuestros esfuerzos y preocupaciones. Una Iglesia que no viva la comunión es una simple

2 JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (2001) n.º. 43.

ONG, y todo aquel que se considere un miembro de la Iglesia y se plantee su programación pastoral y personal al margen de la comunión, situándose en lo puramente autorreferencial, se expone a un riesgo existencial que le puede llevar a apartarse de “lo esencial”. En el caso del sacerdote, la actividad pastoral, la misión encomendada, cuando esta se vive al margen de la comunión puede llegar al agotamiento, al cansancio, sobre todo cuando se vive en soledad.

Es imprescindible, para todo agente de pastoral, sea sacerdote, religioso o laico no sólo el trato amigable, cercano y diario con Jesucristo - hacer la experiencia de *estar con Él* (Cf. Mc 3,14) - que es la clave para lograr esa *conversión personal* que todos necesitamos, sino que también es necesario no descuidar el encuentro fraterno con los hermanos de la misma área pastoral y, además, sería bueno abrirse a una relación sana y cordial con los destinatarios de la misión pastoral de los que se espera una acogida y una ayuda que no se puede desdeñar, porque *el equilibrio divino-humano del corazón sacerdotal pasa por el trato con Cristo y la saludable amistad y ayuda de los hombre*.³

Para un creyente no existe mayor desafío que éste: si a medida que realizamos nuestra existencia en esta vida, Cristo no se vuelve más familiar, más íntimo, sino todo lo contrario, nos interesaremos cada vez menos por Él, y entonces todo lo que hagamos será simplemente una consecuencia, cada vez más separada de su origen, que nos dejará cada día más desencantados, más desilusionados de todo y de todos. Cómo deseamos que esto no ocurra en la elaboración y plasmación concreta de la Programación Pastoral Diocesana. Para evitar este escollo hemos combinado momentos de encuentro con el Señor, personal y comunitariamente, con otros de reflexión, diálogo e intercambio de pareceres, buscando siempre un camino hacia Cristo que sabemos es meta de nuestro camino.

Teniendo en cuenta esta perspectiva, la Programación Pastoral que ofrecemos a todos los hijos e hijas de esta Iglesia, sacerdotes, religiosos/as y laicos que habitan en estas tierras ourensanas y comparten la fe en Jesucristo, quiere ser un cauce para caminar juntos en comunión. Este Plan no solo es para que ilumine nuestro camino a lo largo del curso 2018-2019, sino también para el nuevo trienio 2018-2021. Tanto en el primero como en el segundo no podemos olvidar que, bajo estas dos programaciones discurre, como si fuese un manantial que va vivificando todo su recorrido, el **Sínodo diocesano**. Esta realidad debe marcar todos los ritmos pastorales de nuestra Iglesia particular. Ya desde el principio de este proceso, el Sínodo ha buscado ¡y sigue haciéndolo! *los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están*⁴. No se trata de cambiar sin más, o porque las cosas que se venían realizando

3 FRANCISCO, Comentario a la intención del Apostolado de la oración de julio de 2018: Por la evangelización: Los sacerdotes en su misión pastoral.

4 FRANCISCO, Exhortación apostólica Evangelii gaudium (2013) nº 25.

hasta el momento no estuviesen bien ¡no! Se trata de realizar una experiencia de comunión más intensa entre aquellos que viviendo una misma fe, sintiéndose hijos de la misma Iglesia y *fieles a las antiguas raíces cristianas de nuestro Pueblo que, con el aliento del Espíritu deseamos revitalizar* juntos.

En la oración que hemos compuesto para pedir por el Sínodo Diocesano, que para algunos es larga, pero que encierra en sí un profundo contenido programático, si la leemos con detenimiento, nos ayuda a crecer en el espíritu de comunión y en amor a esta Iglesia que *nos invita a recorrer juntos y en la misma dirección el camino sinodal como signo elocuente de la voluntad de Dios* sobre nosotros y sobre nuestro Pueblo. Curiosamente, la metáfora que utilizamos en esta oración y que quedaba plasmada en el lema del trienio que estamos a punto de concluir: *Poneos en camino* (Lc 10,3), contempla la realidad del *camino* como símbolo y paradigma de la vida en Cristo. Ahora, en esta última reunión del Consejo de Pastoral Diocesano aparece de nuevo ese mismo concepto como lema para el trienio 2018-2021: *Y se puso a caminar con ellos* (Lc 24,14). Esto quiere decir que si queremos caminar en la dirección adecuada necesitamos sentir, de una manera viva y eficaz, la presencia del Resucitado a nuestro lado; porque es Él quien dinamiza con la gracia de su presencia nuestra actividad pastoral.

En medio de una sociedad tan compleja como la nuestra en la que constatamos el cambio acelerado que están experimentando las costumbres cristianas propias de nuestros pueblos y de nuestros fieles, así como la transformación ideológica que impregna la vida de tantos conciudadanos, en especial de muchos que se profesan creyentes, redescubrir la vida de fe de la Iglesia como un *caminar* nos puede servir para ayudarnos a nosotros mismos, y ayudar a descubrir a los demás, que el cristianismo vivido en la Iglesia es algo dinámico como el vivir mismo, y ese dinamismo queda bien expresado por la realidad de la existencia que encuentra una de sus expresiones más fecundas en este concepto bíblico del *camino*⁵. No podemos olvidar que, el mismo Señor Resucitado, se nos presenta como *Camino* (Jn 14,6) que conduce hacia el Padre, camino único; los otros dos términos del mencionado versículo, *Verdad y Vida*, nos hablan de la calidad de ese camino y de su meta que es el mismo Dios.

La elaboración de la Programación Diocesana de Pastoral, cometido propio del Consejo de Pastoral de nuestra Iglesia en Ourense, es una ocasión propicia para vivir la comunión entre presbíteros y laicos, y entre ellos y el obispo. Esta

5 En la Biblia de Jerusalén, la nota al versículo 9,2 de los Hechos, afirma: El “Camino” designa el estilo de vida que caracteriza a la comunidad cristiana e, indirectamente, a esta comunidad. Siguiendo este “Camino”, se sirve a Dios como él quiere ser servido.

Por su parte, en la edición de la Biblia de la CEE, en el comentario al mismo versículo se nos dice: *Hechos usa varias veces la palabra “camino” en sentido absoluto (véase 18,25.26; 19,9.23; 22,4; 24,14.22), refiriéndose a una conducta de acuerdo con el plan salvador de Dios realizado por Jesús.*

experiencia gozosa encontró una plasmación concreta en la configuración del lema para el curso pastoral 2018-2019: *Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos* (1 Jn 1,3). Si leemos este pensamiento en su contexto nos damos cuenta de la profunda riqueza que encierra y marca el hilo conductor de estas reflexiones: *Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo* (1 Jn 1,3-4).

Si iniciamos nuestra reflexión haciéndonos eco de aquel deseo de san Juan Pablo II de hacer de la comunión un *principio educativo*, ahora nos damos cuenta que la comunión es un bien en sí mismo que se nos ofrece y que debemos de testimoniarla: *lo que hemos visto y oído os lo anunciamos*. La realidad que ha configurado el encuentro de los miembros del Consejo de Pastoral Diocesano, reunidos en la “casa de María”, bajo su mirada y protección como Señora de los Milagros, es una experiencia gozosa de Iglesia que debemos hacer llegar a todos. Los objetivos y acciones propuestas son consecuencia de lo que hemos *visto y oído*, de todo lo bueno que queremos para nuestra Diócesis.

A lo largo de estos días, aunque ya nos veníamos preparando mucho antes, compartimos la Palabra y celebramos juntos la Eucaristía, sabiendo que esto *nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera*⁶. Esta experiencia que se viene realizando desde hace más de veinte años - estas jornadas han comenzado en 1995 -, cuando las contemplamos a la luz de la Palabra nos damos cuenta que corremos el riesgo de que nos suceda como al profeta Jonás, *siempre llevamos latente la tentación de huir a un lugar seguro que puede tener muchos nombres: individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos, dependencia, instalación, repetición de esquemas ya prefijados, dogmatismo, nostalgia, pesimismo, refugio en las normas. Tal vez nos resistimos a salir de un territorio que nos era conocido y manejable. Sin embargo, las dificultades (...) pueden tener la función de hacernos volver a ese Dios que es ternura y que quiere llevarnos a una itinerancia constante y renovadora*⁷.

Todos los que nos hemos reunido en el santuario de los Milagros éramos y somos conscientes de que no existe una “fórmula mágica” para hacer frente a los graves desafíos de nuestra sociedad y a los retos que nos lanza el estilo de vida de nuestros conciudadanos. Sabemos que no nos sirve ninguna de las formulas, ni de las proposiciones que se nos ofrecen si las acogemos al margen de la comunión con Jesús, con los hermanos, y por consiguiente, con la Iglesia. En realidad lo único que nos anima y llena de esperanza es la certeza que nos da la persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo⁸. Nos animan sus palabras: *Y sabed que yo*

6 FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (2018) n° 142.

7 *Ibid.*, n° 134.

8 Cf. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (2001) n° 29.

estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos (Mt 28,20).

Esto no quiere decir que los “objetivos específicos” propuestos, así como las “acciones” no sirvan para nada. Pensar así sería de un simplismo estremecedor y pueril. No nos olvidemos que las realidades grandes siempre han tenido sus inicios a partir de cosas pequeñas. Recordémonos de la parábola del *grano de mostaza* (cf. Mt 13, 31-33), que nos invita a ser humildes y a no buscar resultados inmediatos, ni cuantitativa ni cualitativamente, porque ese no es el camino auténtico de la Iglesia. Lo que si es necesario que no olvidemos es que *el principal desafío de la Iglesia no está fuera, sino dentro de ella misma. Su tarea principal, antes que cualquier otra, es acoger el Evangelio con más fidelidad, con más radicalidad, dejarse purificar por la Palabra (...) La Iglesia del siglo XXI ha de ser sobre todo cristiana, es decir, más pobre, más confiada en la fuerza del Espíritu*⁹.

Y todo esto sólo es posible si el agente de pastoral ¡el que sea! Sacerdote, religiosa o laico se convence de que *sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga*¹⁰. En este sentido, ya los obispos italianos en un excelente documento sobre *El rostro misionero de las parroquias en el mundo que cambia* (2004), han hecho una apuesta emblemática sobre la verdadera actividad pastoral de nuestra comunidad eclesial por excelencia: la parroquia. Y aunque ya han transcurrido catorce años desde su publicación, sus propuestas siguen siendo muy actuales y resulta oportuno recordarlas en este momento de nuestro camino sinodal y de acogida de la nueva *Programación Diocesana de Pastoral. Curso 2018-2019*. En aquel entonces todavía no se vislumbraba en el horizonte la *Evangelii gaudium* (2013) y aquellos pastores ya afirmaban:

Hace falta crear condiciones para que a nuestros curas, a nosotros, no les falten espacios de interioridad y contextos de relaciones humanas. Hace falta brindar ocasiones de vida de comunión y de fraternidad presbiteral, iniciativas de formación permanente para sostener la espiritualidad y la competencia ministerial. Pero también se pide un cambio en el ejercicio del ministerio presbiteral y del párroco. Se ha acabado la época de la parroquia autónoma, también se acabó el tiempo del párroco que vive su ministerio de modo aislado; se ha superado la parroquia que se limita al cuidado pastoral de los creyentes, también el párroco tendrá que abrirse a los anhelos de los creyentes de los cristianos “del umbral”.

Los sacerdotes tendremos que vernos cada vez más dentro de un Presbiterio y dentro de una sinfonía de ministerios e iniciativas: en la parroquia, en la diócesis y en sus articulaciones. El párroco será menos el hombre del hacer y de la intervención directa

9 P. POUPARD, “La Iglesia frente a los desafíos de la modernidad”. Conferencia pronunciada en Madrid en la sede de la Fundación Universitaria Española (2001).

10 FRANCISCO, EG, n° 262.

y más el hombre de la comunión; y por ello tendremos que ocuparnos de promover vocaciones, ministerios y carismas.

*Solamente en este marco más amplio se pueden pensar criterios de redistribución del clero, imaginando la presencia sobre el territorio de un presbiterio, al menos zonal, dónde las distintas capacidades e inclinaciones sean puestas de relieve. Será así posible también realizar una valoración de las competencias, un ahorro en los recursos y un reequilibrio de las cargas de trabajo*¹¹.

En este texto se subrayan una serie de aspectos en los que venimos insistiendo a través de los medios que tenemos a nuestro alcance. Bien es cierto que se refiere prioritariamente a los sacerdotes pero, como bien nos enseña aquella anécdota que aconteció en una de las reuniones sinodales arciprestales, una señora integrante de uno de esos grupos sinodales, dirigiéndose a los sacerdotes allí presentes, les manifestó con mucha *parresía*: “Todo esto del Sínodo está muy bien, pero si Vds. los curas no arriman el hombro, esto no sale”. Bien es cierto que esta renovación pastoral es tarea de todos los bautizados, cada uno de acuerdo con su situación de vida y con su compromiso, pero, aunque sabemos que la tarea es de todos, sin embargo, por la estructura de nuestra pastoral y la dinámica de los hechos, la presencia de los sacerdotes en los grupos sinodales es imprescindible para el buen funcionamiento de los mismos.

Nuestra Programación Diocesana de Pastoral se hace eco de estas realidades cuando subraya como *objetivo específico*: *Potenciar la parroquia como comunidad de discípulos misioneros que ofrece itinerarios y acompaña en los procesos de fe*. Por otra parte, en el ámbito arciprestal se proponen una serie de acciones que buscan una pastoral más de comunión que de conservación, cuando se busca la *centralización de celebraciones especiales* en diferentes zonas pastorales en torno a la creación de los que hemos denominado *centros de atención pastoral*¹². Desde todas las parroquias es imprescindible la *difusión de horarios de misas* en lugares de referencia que sirvan a todos los fieles de una misma área geográfica; así como la creación de *equipos de acogida*, integrados por los laicos a los que es necesario hacer descubrir que también ellos son sujetos de la acción pastoral y no sólo los presbíteros y los religiosos.

Es cierto que, como he indicado antes, los tiempos han cambiado mucho. No podemos contentarnos sólo con preparar a los niños para la primera comunión y a los adolescentes para la confirmación; es imprescindible convencerse de que *la misión hoy es urgente*, y que es más laboriosa que antaño, porque nos tenemos que enfrentar con aquellos bautizados que creen que se lo saben todo acerca de la fe cristiana, y no son conscientes de la grave ignorancia religiosa que les afecta

11 CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, Documento El rostro misionero de las parroquias en un mundo que cambia (2004), nº 12.

12 Cf. Carta pastoral Ourense en misión (2015), p. 31.

y, tantas veces les imposibilita a la hora de aceptar algunos aspectos de nuestra programación. En ocasiones, también existe algo de mala voluntad y de una cierta instrumentalización de los pastores para que accedan a propuestas que, en ocasiones, reducen los sacramentos a una simple “vivencia de supermercado de lo religioso”. Por otra parte, los sacerdotes, si quieren llevar a cabo una tarea evangelizadora de nuestro pueblo, deben evitar todo tipo de condicionamientos sociales y tienen que esforzarse en ayudar a los fieles a comprender el sentido de las normas pastorales que tiene la Iglesia, normas que van encaminadas a preservar y vivir la comunión en el Presbiterio. Resulta curioso y lamentable al mismo tiempo, que todos los años en la Programación Diocesana de Pastoral, son los mismos laicos los que exigen al obispo y a los vicarios que se cumpla la normativa diocesana.

No podemos olvidar que muchos de nuestros fieles son víctimas, sin saberlo, de ciertas pautas de actuación economicistas y pragmáticas, así como de ideologías perniciosas e interesadas, arropadas por medias verdades, o por mentiras y falsedades que a fuerza de repetirlas se convierten en criterio de pensamiento. Ante estas situaciones resulta aleccionador lo que aconsejaba el papa Francisco a todos los fieles reunidos en la plaza de San Pedro para el rezo del Ángelus. Ante las dificultades, y sobre todo ante esa inmensa muchedumbre que anda como ovejas sin pastor, es imprescindible vivir esos tres verbos que son, como dice el Papa: los verbos del Pastor. *Ver, sentir compasión y enseñar*¹³. Eso hemos procurado hacerlo en los momentos de reflexión y de elaboración de esta Programación Diocesana de Pastoral para el curso 2018-2019, teniendo en cuenta, además, la perspectiva del nuevo trienio 2018-2021; no hemos perdido de vista en este horizonte que la realidad diocesana está siendo recorrida por el dinamismo sinodal que ya nos está haciendo tanto bien a muchas personas. Nuestra intención ha sido estudiar y analizar (*ver*) la realidad con una mirada sobrenatural, abierta y valiente. Hemos querido contemplarla desde el corazón, con *compasión*. Y desde esta perspectiva apostamos por reavivar nuestra fe con ilusión y esperanza, para amar con pasión esta Iglesia que peregrina en Ourense en donde nacimos a la fe y queremos vivir la experiencia del *Evangelio de la alegría* para transmitir esa buena nueva a los hermanos, tanto próximos como lejanos.

13 Cf. FRANCISCO, Ángelus (19 de junio 2015).

Carta Pastoral sobre el sentido familiar vivencia de la Iglesia

¿No lo crees? Pues sí, ¡somos una gran familia!

Hace unos días me encontré con un grupo de jóvenes en la peregrinación diocesana organizada por la Hospitalidad de Lourdes. ¡Me sorprendió este buen número de voluntarios-hospitalarios que acompañaban y servían a los enfermos en su camino al santuario de la Virgen! No era la primera vez que descubría esta presencia joven prestando ayuda a personas que la sociedad actual descarta con frecuencia.

Uno de aquellos días de convivencia, después de la cena, tuve un encuentro con ellos, me manifestaron sus preocupaciones e inquietudes sobre asuntos relacionados con los sacerdotes, la falta de testimonio de los católicos, la arbitrariedad en la doctrina y en algunas normas que unos exigen y otros no, también salió a relucir el dinero de la Iglesia. ¡Nada nuevo que no hayamos escuchado antes! Evidentemente, cuando aquellos jóvenes y adolescentes hablaban de la Iglesia la entendían como una institución ajena a ellos y como algo muy distante de sus propias vidas; se olvidaban que ellos eran el rostro joven de esa Iglesia. Sin darse cuenta se hacían eco de todo ese icono negativo que impregna nuestra sociedad española. Sí, dicen que tienen fe, que quieren seguir a Jesús, pero tienen serios problemas con la Iglesia.

Con la finalidad de ser más didáctico en mis respuestas y no caer en teorizaciones abstractas, les puse como ejemplo a una familia numerosa. Les hice ver que todos los que la componen son diferentes, tienen alguna particularidad, algo que les hace ser lo que son, y sin embargo, a pesar de las diferencias se sienten miembros de la misma familia. La Iglesia es como esa gran familia - sin fronteras - y que no solo el obispo, los curas y las monjas son la Iglesia, sino que todo bautizado es Iglesia. Una familia compuesta por una multitud de hombres y mujeres, pobres y ricos, ancianos y jóvenes que está unidos a Jesucristo.

Estoy convencido de que necesitamos hacer una profunda catequesis, quizá no muy conceptual y más existencial, que ayude a desmontar los prejuicios y las precomprensiones - tantas veces ideologizadas- para hacerles descubrir a los fieles el verdadero sentido de la Iglesia. Sólo desde esa perspectiva crecerá la preocupación por todo aquello que afecta a la vida de esa gran familia compuesta por muchos hogares interrelacionadas entre ellos por vínculos más poderosos que la sangre: una misma fe, un mismo Bautismo, una misma Eucaristía. Si logramos hacer esto, entonces tendrá sentido la preocupación por el sostenimiento económico de las 735 parroquias que tenemos en nuestra Diócesis. Por sentir los Seminarios, los monasterios y conventos como algo propio. Sabremos descubrir que Cáritas no es sólo una ONG sino algo vital que brota del corazón de la misma Iglesia y que somos todos. Que el patrimonio histórico-artístico no es un museo abierto

que se encuentra en cada aldea, villa o pueblo, sino que es una expresión de las antiguas raíces de nuestra fe que debemos proteger y cuidar. Es necesario hacerles descubrir que la Iglesia es esa casa en donde se puede rezar, celebrar la Eucaristía dominical y festiva; el lugar donde recibimos los sacramentos.

Para que todo esto, y mucho más, sea una realidad viva y abierta, necesitamos tu ayuda. Te costará menos, si te esfuerzas por descubrir que en la Iglesia somos una gran familia. Una familia siempre abierta a todas las necesidades. Una familia sin fronteras. ¡Somos tu familia!

Con afecto te saluda y se encomienda a tus oraciones.

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Julio

Son personas

A pocos días del comienzo del verano, cuando las circunstancias climatológicas comenzaban a ser más benignas, grupos numerosos de inmigrantes, procedentes de 31 países, la mayoría africanos, de Sudán, Argelia, Eritrea y Nigeria, con una representación minoritaria de países asiáticos como Afganistán y Pakistán, se hicieron presentes en el antiguo Mare Nostrum ¡resulta curioso el nombre antiguo del Mar Mediterráneo! Parece que las gentes de estos pueblos, ante la adversidad de todo tipo que las ha empujado a huir de sus lugares de origen, han buscado en los países que bordean el Mare Nostrum una puerta a la libertad. ¿Qué se han encontrado? La negativa de varios países. Resulta contradictorio cuando nuestros políticos nos aturden con sus teorías acerca de la globalización y en el momento de poner en práctica esta realidad, todos nos olvidamos -como nos recuerda el papa Francisco- que *son necesarios pactos globales sobre los refugiados y para que la migración de hombres, mujeres y niños sea más segura, ordenada y regular*. Este doloroso acontecimiento humano debe convertirse en una oportunidad para que “la responsabilidad de la gestión global y compartida de la migración internacional encuentre su fuerza en los valores de la justicia, la solidaridad y la compasión”. Los medios, auténticos despertadores de muchas conciencias adormiladas, han logrado convertir a los 630 inmigrantes del Aquarius, que llegó al puerto de Valencia, en un gran aldabonazo a nuestra existencia cristiana. Se han oído opiniones para todos los gustos. También hemos escuchado críticas duras contra las palabras y los gestos del Papa y de los Obispos. No podemos olvidar un hecho fundamental que brota, no solo de nuestra fe, sino de lo más íntimo del mejor de los humanismos. Estas gentes no son números, sino que son, por encima de todo, personas como nosotros que debido a situaciones inenarrables y haciendo frente a las más duras adversidades se ven obligados a abandonar sus hogares y ponerse en camino, dejando atrás su cultura, sus sentimientos, su historia. Para nosotros los cristianos esas personas son, además, *hermanas y hermanos nuestros que necesitan protección continua (...) Sus derechos fundamentales y su dignidad deben ser protegidos y defendidos. Una atención especial hay que reservar a los migrantes niños, a sus familias, a los que son víctimas de las redes del tráfico de seres humanos y a aquellos que son desplazados a causa de conflictos, desastres naturales y persecución*. Cuando desaparezca el eco mediático del “contenido humano” del Aquarius, donde se ha visto cómo varias personas, de diferentes entidades, atendían a cada uno de los inmigrantes llegados, no podemos olvidar que muchas de esas personas

se dispersarán por las tierras de Andalucía y Levante, también llegarán a Galicia. En gran parte de esos lugares, cuando desaparecen los focos y los representantes de las entidades oficiales, solo quedan las instituciones solidarias, en nuestro caso Cáritas: ¡ella es el rostro misericordioso de la Iglesia! Al comienzo de las justas vacaciones, los auténticos creyentes no pueden olvidarse de esta realidad humana que nos interpela a todos; ¡no solo a los políticos! Por eso os invito a que durante este tiempo estival os planteéis un descanso más sobrio y austero con el fin de poder aportar a vuestra Cáritas algo de lo que pensabais gastar en vuestras vacaciones y así poder ayudar, de forma ordenada y continua, a tantas personas que se nos acercan en busca de ayuda. Seamos generosos y no esperemos a que el Señor nos pregunte: *¿Qué has hecho con tu hermano?* (Gen.4, 9-10). Os bendice con afecto y se encomienda a vuestras oraciones.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Agosto

Agosto en familia

Vivir el mes de agosto en la Diócesis de Ourense es una oportunidad que nos concede el Señor y su Santa Madre. Son muchas las personas que durante este periodo estival regresan a pueblos y villas que durante el invierno parece que han vivido una especie de letargo en sus actividades, aunque en ocasiones he podido comprobar, con motivo de mis visitas pastorales, que hasta en las más pequeñas localidades siempre nos encontramos con las buenas gentes que siguen siendo fieles a sus raíces. Algo tienen los pueblos donde hemos nacido nosotros, nuestros padres y abuelos, que con el paso de los años siguen generando tanta atracción. No es una simple nostalgia, o morriña, sino algo más profundo que nos une a nuestra propia historia vital. Durante este tiempo es verdad que todos deseáramos que en las iglesias, capillas y ermitas de nuestra devoción se pudiera tener el culto que antaño en ellas se celebraba, pero hoy por hoy nos resulta imposible atender todos esos lugares devocionales porque son pocos los sacerdotes para servirlos a todos, y mucho más durante los meses de verano. Os invito a que acogáis esta precariedad con paciencia y que recéis para que el Señor nos conceda muchos y santos sacerdotes que os puedan atender como la Iglesia pide y vosotros necesitáis.

La escasez de los sacerdotes tiene mucho que ver con la crisis que está experimentando la familia. Hace unos días, en una de las calles más transitadas de la ciudad de Ourense, la *Delegación Episcopal para la Familia y la Vida* hizo un

manifiesto dirigido a todos los ciudadanos reclamando una mayor atención a esta realidad que es imprescindible cuidar más si queremos que el futuro se llene de esperanza. La familia es *la iglesia doméstica* en la que nacemos a la vida con una historia concreta e individual que nos ayuda a situarnos en la sociedad como lo que somos: hombres y mujeres dispuestos a abrir nuestro corazón al querer de Dios y al servicio de los hermanos.

Por otra parte, es en la familia en donde “siempre” estamos aprendiendo, lo hacemos de niños y también de mayores. Cuántas gracias tengo que dar al Señor porque durante estos últimos meses, al experimentar en mis padres ancianos algún quebranto en su ya delicada salud, con su manera de ser y comportarse estoy aprendiendo las lecciones de servicio y amor que me han dado de niño y de joven; detalles de cariño que en estos momentos me son tan preciosos. Su paciencia para conmigo siempre es superior a la que yo puedo tener con ellos ahora que los encuentro tan frágiles y necesitados de mi ayuda y de la de mis hermanos. Pero a su lado, atendiéndoles en medio de sus limitaciones y enfermedades estoy aprendiendo a descubrir el valor de la vida, de toda vida, y que no podemos disponer de ella a nuestro arbitrio cuando comienza a ser aparentemente inservible, a causa de sus muchos años y de sus deficiencias físicas y psíquicas.

La vida humana nunca puede ser una realidad descartable. Siempre es un reto que nos abre a nuevas posibilidades, tanto aquella que se encuentra en el seno de la madre como la que se aproxima a la última singladura de su existencia. El mejor lugar en el que esta vida debe ser acogida siempre será la familia. Por eso os ruego que durante este tiempo de verano aprovechéis para vivir todos los momentos posibles en familia, siendo en medio de ella constructores de paz, evitando tensiones y enfrentamientos - no llevéis cuestiones políticas a la mesa - evitad discusiones ideológicas que a veces generan mucho dolor en las personas, sobre todo en el corazón de las madres y de las abuelas. Por otra parte, el verano es la ocasión propicia para dedicarles más tiempo a los niños y procurar crecer en la confianza con los hijos adolescentes. Ayudadles a valorar la naturaleza y a que se desarrolle en sus corazones un rechazo firme contra todo signo de violencia en nuestros montes, sobre todo a causa de los incendios, muchos de ellos provocados. Cualquier atentado indiscriminado y sinsentido contra la naturaleza, ya sea tanto los animales como los bosques y los montes, es un crimen contra la creación y, por consiguiente, un pecado gravísimo contra el mismo Dios.

La Virgen de la Asunción nos ayude a elevarnos cara ese cielo nuevo y esa tierra, sin desentendernos del mundo en que vivimos.

Me encomiendo a vuestras oraciones y os bendigo con todo afecto.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Septiembre

¡El Señor lo pide todo!

Estas palabras que el papa Francisco nos dirige en la última exhortación apostólica *Gaudete et exultate* (Alegraos y regocijaos), sobre la llamada a la santidad en el mundo actual, quisieran ser el motivo dinamizador de toda la programación pastoral de nuestra Iglesia en Ourense. Son muchas las actividades programadas. Digan lo que digan ¡Somos una Iglesia que sabe lo que quiere y a dónde se debe dirigir! Por eso, todo lo que se nos ofrece y propone sólo busca una finalidad: nuestra fidelidad a Cristo en su Iglesia para servir más y mejor a nuestros contemporáneos. El Papa nos dice que en este proyecto no estamos solos sino que una multitud incontable de hermanos nos rodea, acompaña, guía y protege ¡Son los santos! Los mejores hijos de la Iglesia, aquellos que constituyen el rostro más hermoso de esta gran familia que, debido a los pecados y crímenes de algunos de sus hijos, hoy sufre un fuerte quebranto de credibilidad en su imagen multiseccular. A través de los santos el Señor nos llama a cada uno por su camino para ser testigos-misioneros en la sociedad y en el mundo. Por eso, todo lo que nos propone la Iglesia diocesana es para que podamos responder a esta llamada de Jesús sobre cada uno nosotros. La programación de las actividades diocesanas, que en este mes de septiembre se nos van a proponer a través del ministerio del Obispo, de los Vicarios, Delegados y de todos los que colaboran con ellos, quiere ayudarnos a vivir mejor un “principio educativo”: la comunión en la Iglesia. Solo así podremos convertirnos en cauces adecuados para dar respuesta a lo que el Señor nos pide a todos en este momento de la historia. A los niños y a sus padres, tutores y abuelos se les pide una participación activa en la catequesis parroquial. A los adolescentes y jóvenes se les ofrecerá la posibilidad de proseguir con la preparación adecuada para recibir dignamente la Confirmación en la Pascua. A los que tienen el proyecto de buscar la santificación de su amor con el sacramento del Matrimonio tendrán a su disposición las charlas de formación para los jóvenes esposos. A los sacerdotes que siguen caminando en la brecha siempre abierta de la pastoral, con este nuevo curso, se les pide que abran su corazón a la “novedad” de los proyectos de siempre. Sí, es conveniente decir ¡los proyectos pastorales de siempre! Porque el Evangelio y su dinamismo no es algo que hayamos inventado ayer, sino que es una oferta siempre abierta que nos invita a retomar, todos los días, el ritmo de nuestro trabajo ministerial. Siempre hay un “más” muy especial que se convierte para nosotros en un reto. El término “más” se puede convertir en un acróstico que responde a este pensamiento: “Memento Ascendere Semper”. Recuerda siempre hacia arriba, hacia adelante, aunque sean los mismos proyectos o planes. Siempre se nos pide, desde la fe en el Resucitado, un paso más. Por eso os ruego que, con denodado esfuerzo e ilusión, volvamos a retomar la marcha

de los grupos sinodales. Si hace falta reestructurarlos ¡Adelante!; si es necesario constituir otro más ¡Adelante! Queremos comenzar esta nueva singladura impulsando y acompañando los trabajos de los grupos sinodales y la preparación de las Asambleas arciprestales como paso previo a la Asamblea sinodal. Os ruego que motivéis a nuestro pueblo para que podamos vivir juntos, en torno al Obispo y en la catedral de San Martín, la celebración del inicio del segundo curso de los trabajos de los grupos sinodales. Necesitamos estas experiencias celebrativas de toda la comunidad diocesana - aunque soy consciente de que algunos no son partidarias de ellas - pero gracias a esos eventos se lleva a cabo ese “principio educativo” que es tan importante para la vida de nuestra Iglesia. Una comunión que se visibiliza a través de gestos como nos lo recuerda el papa Francisco. ¡No os olvidéis! Una Iglesia en la que no se viva y ejercite la comunión es una simple ONG o una empresa religiosa experta en cuestiones sacras. Sabemos que la Iglesia Católica no es eso, sino que es una gran familia compuesta por aquellos que creen en Jesucristo, que siente al “otro” como hermano y esperan unos cielos nuevos y una tierra nueva. Y para lograr este gran objetivo que supera nuestras fuerzas es necesario que todos nos abramos a lo que el Señor nos pida. Con afecto me encomiendo a vuestras oraciones y os bendice.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense